

11 G. sig. 10
MATIAS SALAZAR

Á través de los Andes



IMPRESIONES DE UN VIAJERO



TUCUMAN

Tip. Lit. Pap. LA ESPAÑOLA

1900



DONACION
DE
E. GARCIA VELLOSO

Sr. Juan J. Garcia Veloso
de Salazar

101-GV-68

MATIAS SALAZAR

À TRAVES DE LOS ANDES

IMPRESIONES DE UN VIAJERO



TUCUMAN

Tip. Lit. LA ESPAÑOLA

1900



Á TRAVES DE LOS ANDES

Copiapó, Febrero 19 de 1900

Querido Ricardo:

Quedè con la palabra en Santa Maria, y sigo la charla.

El hombre propone y los vecinos de Santa Maria, disponen.

Te habia escrito el 19 de Enero y al dia siguiente pensè dejar esta aldea, para irme acercando á la frontera de la República Argentina y entrar de lleno en el territorio de la vecina de Chile, pero ete aquí, que un suceso imprevisto aunque sin importancia, hizome quedar hesta el dia 1° de Febrero, fecha en que he puesto las narices al Sud, para seguir viaje al Occidente.

Por consejo de amigo leal, habia llegado á Santa Maria, como vulgarmente se dice, en lo montado. Se me decia: no es pseciso que llesves mulas de Tucumán, por dos razones: primera y principal, por que no siendo de cerro, no resistirán á la marcha, una vez que entres en la region de la Cordillera y de la Puna, y lo segundo, porque, en Santa Maria los fle-

teros se están estorbando y conseguirás lo que quieras.

Pues bien, una vez llegado allí, hice la diligencia de proporcionarme el arriero y las mulas que necesitaba, y en verdad todo el mundo se ofrecía dispuesto á viajar, pero sin duda alguna al verme de tropical y con tanta solicitud, se dijeron: «este es un *nación*, y hay que *chusmarlo*, y me pidieron por flete de cada mula lo que no valian la vestia y el arriero juntos, mayormente si se tiené en cuenta que este último se pasa 9 meses del año espulgando cabras:—¡50 pesos por mes y mantenido por mil!

Ante este despropósito dispuse mandar á *mi crédito* Lorenzo Olivares á taff, y que de allí trajese las mulas que se necesitaban para seguir viaje. Ayer llegó. Esta mañana 1º de Febrero, estuvieron herradas las mulas, y á las 8 a. m. me ponía en marcha, dejando á los explotadores fronterizos con un palmo de narices.

Salimos, pues, de Santa María á la francesa, no mereciendo empero, esta despedida, amigos tan buenos como el Dr. Negrete, el mayor Aguirre, Sres. Gimenez, Zapata, Acosta, y Olazola; pero habia que poner tierra de por medio entre nuestras caras afecciones y nuestro itinerario, y por esta vez sacrificamos aquellas á este.

Ya en marcha, pasamos por Recreo, Palermo, Loro Huasi, Rio de las Ormacheas, Rio de los Alvarez, San José, Casa de Piedra, La Puntilla, Ampajango, y Punta de Hualastro.

Estamos ya en la región de las minas y de los ñatos.

Lombroso y Adrian Campos, afirman que rara vez se encuentra un ñato, de buena ó mala vista, solo; que siempre viven ó andan de á pares, como las perdices.

Aquí, es tal la cantidad de ñatos y todos de bue-

na vista, que andan en bandadas como los machillos.

Estamos en la Punta de Hualastro.

La noche se nos viene encima; pero aun nos deja ver bien claramente los cerros vecinos.

Al sud, y semejando el lomo de una mula maltratada, como las de la empresa Ferreyra, los cerros del Atajo y Negro, que llevan en sus entrañas las promesas de sus escondidos tesoros: las minas Restauradoras y Rosario, Sta. Clara y Sto. Domingo, que llegará dia que den sus ópimos frutos. Al poniente el cerro Mendocino, cuyo Morro Blanco es el ocultador de La Española, una rica mina del tiempo de la conquista, tan rica que hasta la fecha todo intento ha sido vano para descubrir sus tesoros. Al naciente nuestro viejo nevado del Aconquija, enemigo tenáz de todo aquel que quiere escarbar sus metálicas entrañas y tan cantado por todos nuestros poetas.

Al Norte, el rio Santa María, deslizandose como una serpiente de cascabel, para buscar frente de Cafayate á su compañero de futuras tareas, el rio San Carlos, y marchas como buenos amigos desde la quebrada de las Conchas, ya con el nombre de rio Guachipas, hasta que tomando en el valle de Lerma las aguas del rio de Arias, forman el caudaloso rio del Pasaje ó Juramento.

Este rio de Santa María, es por demás original. Nace en el cerro de Pisca-Cruz, entre Tolombon y Cafayate. Corre al Sud por la falda oriental del cerro de su nombre, el cerro Bayo y el de San Francisco, y al desembocar al sud-oeste del pié del médano, en pleno campo de los Pozuelos, dobla rápidamente hácia Hualastro, y toma desde allí una dirección fija al Norte, cruzando la mayor parte del valle calchaquí, hasta unirse como dejo dicho con el rio San Carlos.

En la punta de Hualastro, pasamos una noche muy agradable. Primero el bueno de Don Ismael nos entretuvo hasta muy tarde y nos mostró entre otras muchas curiosidades algunas pepitas de oro recojidas

al acaso, en un río cercano, cuyo nombre nos dijo, era Río del Oro.

Ante tales muestra, no hay como poner en duda la bondad de dicho lavadero, y tan buenas nos parecieron las muestras que á mi juicio, bien podrian pasar las tales Pepitas á la cotegoría de Sras. Doñas Josefás. Segundo, por que creíamos sentir en aquella tierra la trepidación de la planta del conquistador Almagro, en cuya localidad pernoctara á su paso á Chile en 1535.

A la mañana siguiente, salimos de Hualastro y llegamos á las 9 a. m. al pié del médano.

Hay dos casuchas. Una sirve de albergue al encargado de la finca, un coya talabartero, y la otra, de prisión disimulada al telegrafista.

No he podido darme cuenta del porpue del esblecimiento de una oficina telegráfica á la entrada de un decierto; y solo creo que en su tiempo haya motivado su instalación las buenas y muchas cuñas que haya podido meter la propietaria del fundo.

A tres leguas mas al Norte, es decir en La Punta de Hualastro, tendria su razón de ser. Allí, por lo menos, es el punto obligado como bifurcación de los que van para Hualfin, por el desierto, y al Fuerte Andalgalápor las minas.

En fin, los encargados de la Dirección General sabrán el porque de la instalación de la tal oficina.

Por lo pronto el jóven telegrafista Sr. Salazar, ha construido un sencillo é ingenioso manipulador de cáscara de quirquincho Bola, y dá lecciones de diario al guarda hilos de la línea, con el santo fin, (para mi modo de ver) de que así que lo ponga en condiciones de tomar, largarle el mochuelo de la oficina, y tomar el rumbo de la perdiz del emplume.

Asi que se deja la oficina telegráfica, se dá comienzo á subir un Cerro de menuda arena. Ya en la cumbre, se vé una línea interminable de poste telegráficos, que se pierde en el dilatado horizonte. Se sigue la línea, y 9 horas mortales, al tranquilo paso de la mu-

ia, se necesitan para pasar el desierto, conocido por el campo de los Pozuelos.

Esta travesía, en esta época del año, es atroz. Nueve horas de viaje, sin encontrar agua, ni sombra para una lagartija.

Yo desearía, mi amigo, que los ponderados corresponsales de los diarios grandes, que unas veces bajo su firma y otras con el pseudónimo de un marino, se ocupan en decir tonteras, ya sea sobre lo que ven desde las bentanillas de un coche ó sobre los chismes que escuchan en la terraza de un club, se ocupasen en señalar á los gobiernos las necesidades que habria que subsanar para poner estos campos, estériles hoy, en condiciones de ser mañana, fuentes de riqueza para el gobierno y de bienestar para sus propietarios.

Así comprenderían que es mas fácil escribir correspondencias teniendo por delante una buena dosis de *alpiste* que señalar defectos de interés general, y verían como se puede llegar á los 38 sin haber recibido el bautismo de fuego y como los ejemplares en esta tierra no son tan raros como los encontrados por ellos, á estar atentos á conversaciones tenidas en horas nones, y cuando se está como la carne en las estancias pobres, *manidita*.

Por fin llegamos á los Yacimientos, pequeño surtidor de agua en la quebrada de Hualfin, que no por ser poca, deja de ser menos rica, en razón y virtud de ser filtrada á través de gruesas y prolongadas capas de menuda arena.

Allí nos tomó la noche. Habíamos dejado muy atrás nuestras cargas, y no dejó de ser esto un serio inconveniente, pues en ellas venían nuestros pertrechos de boca.

Esperamos su llegada hasta bien entrada la noche y como no diesen señales de vida, nos hicimos la ilusión de que habíamos comido, y nos tendimos en el santo suelo, al abrigo de un corpulento *Arbol Negro*.

Esa noche nuestro mas inmediato vecino fué un viejo chibo, de luenga pera y señor de una pequeña y joven grey cabruna.

No he de conocer en mi vida, un ser mas hablador, pues atenido sin duda á que las de su rebaño eran pocas toda la noche se la pasó dándoles, palique, y estornudando como si hubiese tomado una fuerte dosis de veratrina.

No nos dejó dormir, y lo peor del caso es que no podíamos en medio de nuestro desvelo tomar parte en la conversacion, pues desconociamos por completo el dialecto en que tan cariñosamente se expresaba.

Por fin amaneció el dia 3 de febrero dia de grata recordacion para el pueblo argentino, con cuyo motivo saludamos la salida del sol con tiros de revolver y fusil.

El Mormon cabrio, trepó las agrestes cumbres, seguido de su cohorte, y nosotros á lomo de nuestras mulas, descendimos tranquilos, por la quebrada de Hualfin, hasta dar con la casa del dignísimo ciudadano don Ramon Llano.

Recibidos por este señor como él sabe hacerlo casa y mesa fueron puestos con la mayor galantería á nuestra disposicion.

De ambas cosas bien lo necesitaban nuestras personas, y despues de un pequeño descanso, un comfortable almuerzo rociado con el bueno de Belén, nos puso en condiciones de esperar la llegada de nuestros arrieros.

Todos estos lugares, estan diciendo á la legua que son ricos veneros de preciados minerales. Pero mi querido amigo, hoy por hoy, la explotación de ellos impone cruentos sacrificios, que la mayor parte de las veces no recompensa ni el salario que al peon jornalero se paga.

Aquí, la falta de combustible cerca de las minas por una parte y el largo trayecto de los minerales siempre á lomo de mula por otro, ha sido, es y será el abismo en que tendrán mas tarde ó mas temprano que caer todos, hasta que algun benéfico ferrocarril se encargue de llevar, pronto y barato á los puertos litorales las riquezas extraídas á las entrañas de esta rica tierra.

Por esta causa, los sencillos lugareños viven vegetando, sin ocuparse de otra cosa que de la cria de cabras y ovejas, y haciendo sementeras de maiz, en las que por lo general, la van libre con los loros ó la terminan por choclear, sin dejarla llegar á la categoría de chuchoca.

Dejamos á Hualfin, en la mañana del día 5, y lo dejamos con verdadero pesar. Habíamos sido tratados á cuerpo de rey por el señor Llano, y como es natural se siente dejar lo bneuo.

Pero mi buen compañero el vasco me decía: «¿Cuando se lo subes aquellos cuestras?», y me señalaba las cumbres que al Oeste teníamos á nuestra vista.

Al dejar la quebrada de Hualfin, emprendimos la subida de una pequeña loma y dimos la vuelta á un cerro Colorado, que queda sobre la márgen derecha de la quebrada.

Pocas veces he de ver un capricho igual de la naturaleza. Aquel cerro cortado á pique y colorado como si estuviese pintado de vermellon, presenta las formas mas caprichosas, pues su frente semeja torreonnes, columnas, escalinatas, chapiteles, muros afiligranados como hechos á cincel por mano de artista; es en una palabra, una maravilla de perspectiva.

Sentí en el alma no tener conocimiento fotografícos y poseer un pequeño aparato para sacar vistas de esa preciosa montaña.

Se me ha dicho, que ese cerro, fué el último baluarte de los indios Andálgualas.

Alli sucumbieron, despues de una lucha titánica. ¡Bien merecia el valor siempre probado de las razas aborígenes, el reducto que para defender su hogar habian elegido!

Seguimos la quebrada, y dimos primero con un puesto llamado La Puerta, despues con Corral Quemado. Estas propiedades son de la señora Morales, viuda de Aybar.

Estamos ya en plena quebrada de Culampajan, al

piè del cerro de su mismo nombre. Es preciso viajar por estos apartados lugares para darse cuenta de las bellezas que encierran. Nadie diría al mirar estas cumbres desde la quebrada, vecina de Hualfin, que dentro de sus gargantas y laderas se encuentran vegas tan hermosas, verdaderos Oásis, en medio de elevadísimos cerros y de pequeños cerrillos sin rastro de vegetación.

La exquisita amabilidad de la señora nos hizo pasar la noche en aquella bella y tranquila mansión, tan hermosa como perdida en las agrestes montañas del departamento de Belén.

A la mañana siguiente, hechos ya de un buen baqueano, emprendimos la ascensión de los cerros vecinos, pasando primero por un fuerte médano antes de llegar á Cueva Colorada.

Tuvimos que hacernos de un vaqueano, pues no podíamos seguir viaje en razón de que nuestros arrieros no conocían otro camino para ir á Chile que el que vá por Fiambalá, y no era de cristianos largarse por aquellos cerros en busca del célebre Mojon, sin ir seguros de encontrarlo.

Nuestra sorpresa no fué chica al ver la facha de nuestro futuro mentor, Ñato, petizo y de buen diente como tuvimos ocasión de comprobarlo después. Al preguntarle por su nombre, nos dijo llamarse Longino.

Estuve por pegarle un *bíse* pues lo primero que pensé fué qué, después de explotarme en el precio que me cobró por servirme de guía, quería burlarse de mí; pero recordé que podía ser catamarqueño, con todas las exterioridades del Coya, y le pregunté: ¿Es Vd. catamarqueño? Sí, señor, me contestó haciendo una fuerte pausa al pronunciar el pronombre posesivo.

Arriba, entonces, ya estamos en Puesto Viejo, después Cerro de los Ramos, Portezuelo y Alto Huasi.

Al descender dejamos á nuestra izquierda el Cieneguito Largo; y á nuestra derecha el Cerro de Culampajan, cuyas minas de oro, son los bellos ensueños del Sr. Negri.

Mas adelante la Laguna Helada y á su frente el Pabellon del Torunado. De allí pasamos por La Lagunilla, cruzando despues el campo Negro—sembrado en toda su extension de piedras renegridas tantas y tan duras que parecia depósito de escorias de alguna fragua cicóplea, y fuimos á dormir al Real de Marcelo.

A la mañana siguiente, bien temprano, nos pusimos en marcha.

Ya estamos en la cumbre denominada Agua Pelada. Desde su portezuelo, un panorame espléndido se presenta á nuestra vista. Inmensas llanuras, angostas vegas, por doquiera cerros sin interrupcion v allá lejos, muy lejos todavia, el nevado de los Andes.

—¿Qué cerro es aquel ño Longinos?

—Negro muerto señor, aquello es muy helado.

Lo presumia, pues dada la cantidad de nieve que tiene su cumbre, ha de ser cuestion de soplarse los dedos al pasar por allí.

En marcha y ahora ha descender.

Mi companero Lopez que le tiene mas miedo á la nieve que á una mala suegra, ha visto el nevaño de la cordillera. é instintivamente se ha encasquetado hasta las orejas su inseparable boina.

Esto estar malas, no se como te la pasardís por aquello.

—Nada, nada, mi amigo, adelante.

Por lo pronto aquello, aun está lejos, y cuando lleguemos, una de dos: ó tiene menos nieve ó mas. Asi pues, no hay mas que hacer la cara fiera y pasar.

Estamos en las Barrancas, y por fin damos con nuestro campamento señalado de antemano por ño Longinos, Las Burras.

La noche que pasamos en Las Burras, fué ya noche de sensaciones. Sentimos todos los rigores de la proximidad al viejo nevado.

A la mañana siguiente nueva ascensión por unos cerros de arenas tan feos como interminables.

Pasamos por Caracha Pampa, Agua del Médano y dormimos en el Real de los Gollegos.

Este real no figura en ninguna geografia, ha sido bautizado por nosotros, por haber pasado allí, obligados por la tempestad ana noche bien amarga.

Al dia siguiente, nuevamente en marcha. Qué cerros mi amigo! Como forma, tienen las mas caprichosas. Como riqueza solo la que oculta pueden llevar en sus entrañas.

Como utilidad actual, ninguna. Sus gargántes y laderas, son depósito de menuda arena; sus empinadas crestas se hallan desnudas por completo de toda vegetación.

No conseguirías pasto para hacer vomitar á un perro; en cambio con la arena y la piedra que contienen estos cerros, podrían trabajar todos los albañiles del universo durante dos mil años.

Parece mentira querido Ricardo, que por disputarse estos terrenos hayan estado dos pueblos hermanos muy cerca de arañarse, cuando en mi rudo entender toda la cordillera no vale la tinta gastada en ambas cancillerías.

La soledad no tiene igual. Caminas legua tras legua, y no encuentras un ser animado. Hombres, cuadrúpedos, aves, reptiles, todo ha desaparecido. Muchos te aseguran de que hay Vicuñas en estos cerros. Mentira si dijiera que he visto una siquiera. No se vé por allí ni al viejo morador de la montaña.

En estas cumbres, es un silencio que aterra, solo interrumpido de tiempo en tiempo, por el zumbido del viento, casi siempre huracanado en estas alturas.

Estamos ya, en la region de la Puna, de la Tola y del Cuerno y Cabra.

El frío aquí es ya respetable, y para combatirlo tenemos que echar mano de todos los elementos que natura ha puesto á disposición del hombre.

Para ponerse á cubierto de la puna, los arrieros te indican una porción de tonteras como buenas, que á modo de ver, no son de reconocida eficacia. El bueno de ño Longinos, apesar de mi poca fé en los consejos de estos cerros, me ha allanado las alforjas de Chacha-Coma, Poposa. Tierra de Pasto y Puna, y

hasta Lampazo, asegurándome que haciendo uso de esos remedios no dejaré mis huesos en estas cumbres.

A la mañana siguiente, nuevamente pérdida de mulas, hasta que los arrieros encontraron el rastro, se pasaron las primeras horas de la mañana, y ya en marcha, seguimos siempre por los inmensos é interminables médanos.

Por fin llegamos al cerro Bayo, cerro hermoso, todo cubierto de nieve en su elevada cumbre.

Por primera vez, despues de 36 años pisaba nieve, y no pude resistir á la tentación de comer una poca y pegarme un revolcón por el estilo del que se dan las mulas en la tierra cuando se les quita el ensillado. Además como aquello ni moja ni mancha, me sacudí y subí otra vez sobre mi mnila. Y ahora á descender hasta llegar á La Hoyada.

El descenso del cerro Bayo es tan rápido, la profundidad de sus gargantas tan enorme, que produce vértigos. Parece mentira que se pueda descender por cuchillas y faldeos que solo á las vicñas le estaría dado frecuentar.

Estamos en La Hoyada. No es mas que una pequeña vertiente y un campamento veduino. Para proporcionarnos carne, tuvimos que mandarlo á ño Longinos, á un puesto distante dos leguas. Escusado es decirte que volvíó, pero á la mañana siguiente, aunque felizmente con una oveja, de lo contrario nos hubieramos visto en figurillas, dado el caso de que la noche anterior habríamos dado fin al alimento ovejuno que llevábamos.

Estos parajes solo están habitados por coyas que para mi tienen algo de pastores y mucho de contrabandistas.

En este tiempo viven sobre las crestas de los cerros, metidos entre las peñas como las chinchillas, y solo en el invierno bajan á las profundidades de las gargantas de los cerros, para ponerse á cubierto; en parte de los rigores de la abundante nieve y en general de la fuerza del viento.

De todo tienen en sus cuevas, y con todo hacen su buen agosto.

Para el que crúza estas cumbres, ya sea que vaya de Oriente á Occidente, ó del Medio día al Septentrion, es indispensable que se provea aquí de coca, aguardiente de uva, tejidos de lana, carne y harina de trigo ó maiz, pero tostado. Con este último el viajero al pasar la Cordillera y á la marcha de su mula, se prepara La Chilcana; que no solo es alimenticia sinó que es por demás agradable.

La formula criolla es esta: Un buen chambao, como elemento de recipiente indispensable, dos grandes cucharadas de harina, un poco de azúcar y agua á voluntad, ya sea fria ó caliente. Se lo mezcla bien y puedo asegurarte que es muy agradable. A esta fórmula yo le he agregado una pastilla de chocolate, bien disuelta y ya puedes hacerte una idea de como habrá quedado—es de tomarlo bajo de palio.

Si nuestro amigo Don Pepe, llega á conocer este brevaje, y le agrega un poco de atiukarina, seguro estoy que será una fórmula tigre.

Dejamos la Hoyada, ya muy cerca de medio día, y despues de cruzar por Pila Muerta, y la cañada del Pantano, trepamos una de las grandes estribaciones del cerro Bayo, frente por frente del famoso cerro Negro Muerto, cuya cúspide se halla siempre cubierta de blanca nieve.

Nuestra aproximación al cerro nevado, bien pronto se dejó sentir. Eran las 2 p. m. y el termómetro marcaba dos grados sobre cero al aire libre. Un vientosillo soplabá en la cumbre, tan sutil, que atravesando el ralo tejido de nuestros ponchos, nos penetraba en las carnes como si fuesen agujas de jeringitas Pravás.

Ya en la hondonada, cruzamos una caudalosa vertiente y doblando una de las altísimas estribaciones del Negro Muerto, dimos con nuestros cuerpos en San Buena Ventura.

Determinamos hacer noche allí. Ya estamos cerca de la famosa y temible Cordillera. Tres leguas tan

solo nos separan del valle de San Francisco, y no vemos las horas de llegar.

A nuestro mano derecha tenemos ahora el cerro Negro Muerto. A todas luces está por desconocernos sin averiguar si somos tirios ó troyanos.

A la simple aproximacion, una gruesa y negra nube, ha cubierto su blanca cumbre, nos ha hecho sentir su desagrado con ruidos repetidos truenos, que nosotros no podemos tomar como saludo.

Ante esta amenaza mi amigo Lopez dice á los arrieros:—Que te la pares la Carpa, mala cara te pones, negro muertas.

Así se hizo, mientras ño Longinos traia leña y disponia la olla para el puchero, los arrieros paraban a carpa y poniamos á cubierto nuestras calchas.

Ya era tiempo. Nuestro negro vecino, empezó el preludeo del baile con unas gruesas, *gotas*, que al dar en las piedras parecian monedas de cobres de dos centavos. Escasamente tuvimos tiempo de cenar á la ligera, cuando el baile se hizo general. Truenos, relámpagos, y la lluvia cada vez mas fuerte, nos hizo ganar la carpa y acostarnos esperando el resultado final.

Así se pasó la noche. Son las 8 a. m. y el campo á nuestro alrededor presenta una vista sorprendente. Desde las 10 de la noche el cerro empezó á lanzar espumarrajos de rabia, que cain sobre nosotros convertidos en finísimos capullos, y bien pronto quedó toda la pequeña vega en que habiamos hecho nuestro real, cubieta de blanca nieve.

Toda la noche con pequeños intévalos ha nevado, y al venir el dia hemos podido apreciar tan hermoso panorama. El valle y los cerros vecinos todos blancos, semejando á jóvenes colegialas que estuviesen preparadas para hacer su primera comunión.

A las 6 a. m. el frio es intenc. Mi termómetro marca 4 grados bajo cero. pero esto no basta para que mi buen amigo Lopez, haya abandonado la carpa, y se me presente con una bola de nieve de mas de dos quintales de peso.

—Toma, esta si que está fresca pues. Si te la puedes mandar Confitería del Aguila, ya te lo agradecerian si, tus amigos.

—Yá lo creo, y tomarían la verdad de la pureza natural del agua, sin los artificios de la química y del agua del pozo; pero no es posible, mi amigo, y la tomaremos nosotros, haciéndonos la ilusion de que estamos en Tucuman, rodeados de nuestros amigos.

Toda la mañana ha seguido á ratos perdidos lloviendo y nevando. Como á las doce un rayo de sol, nos alumbra, y creyendo que esa claridad sea un indicio de compostura, ordenamos traigan las mulas y nos disponemos para marchar.

La jornada hasta San Francisco no es corta y no hay que perder tiempo.

A la una batimos carpa, y á la 1.30 p. m. emprendimos la marcha.

Como nos habia tratado tan mal nuestro bravo uecino el Negro Muerto, no le dijimos ni adios, y emprendimos silenciosos nuestro camino cañada arriba sin ninguna novedad, hasta dar fin con su base.

A cinchar adelante gritó ño Longinos. Esto es muy parao señor, y hay que acomodar bien las monturas. Hechamos pié á tierra sin observacion, y en un momento quedaron las sinchas en los sobacos de las mulas. Adelante. Ya en marcha, empezó el cerro primero por obscurecerse, luego por llovisnar y cuando ya estábamos á la mitad de la subida á nevar con toda fuerza.

Ese recibimiento del cerro, no nos hacia maldita la gracia, pero que hacerle, estábamos en el burro y no había otro remedio que recibir los azotes.

Apure ño Longinos, que nos vamos á helar. *No ha y ser señor, hay mucha puna y las mulas no han de resistir.* Nada hay que conformarse con la lenta marcha en la ascension, y dejar al guia que nos conduce que lo haga en la forma que la práctica aconseja en tales casos y lugares.

Por fortuna, nuestros ponchos han salido á relu-

cir todos y aunque los bate furioso el vendabal, no dejan de oponer alguna resistencia y abrigo.

Estamos en plena cumbre y hay que echar pié á tierra para cambiar la posición de las cinchas. Ahora á tras todo lo mas que se pueda. El descenso es tan fuerte, como fuerte ha sido la subida.

Los tres minutos que hemos necesitado en la operación, han sido mortales, pues mojados como nos encontrábamos y azotados por el fuerte viento de la cumbre acompañado de grandes copos de nieve, nos hacia dar diente con diente y fué preciso recurrir al bueno de Calvet, para provocar una reaccion en nuestro cuerpo.

El descenso se hizo mejor, y aunque en medio de la nieve, granizo y viento, nos acercábamos al valle de San Francisco y la temperatura allí, era otra.

¡Qué rencoroso mi amigo el dichoso Negro Muerto! Hasta que estuvimos en pleno valle, no dejó de azotarnos, con sus nieves, y nuestro guia, con toda sencillez nos decia: Asi es este cerro señor, desconoce. Le tendrá poco cariño á los gallegos. No señor, malo es con todos, el Negro Muerto.

¿Y quereis saber querido Ricardo, el porqué de ese mombre que lleva el cerro? Es esta la conseja generalizada en estos Valles.

Despues de la conquista de los indios Andalgualas, vivía en Hualfin, una familia española, bastante bien acomodada. A su servicio tenian un negro, y continuamente lo mandaban á Chile. En uno de tantos viajes el honrado servidor, fué sorprendido por un furioso temporal en el referido cerro, y cegado por la cellisca que levantaba el furioso viento, perdió la senda y fué arrojado de la mula, entre unos peñascos.

Sin sentido el negro, la tempestad siguió implacable, su cuerpo fué cubierto por la nieve y quedó muerto de frio. Al tiempo fué encontrado por dos enviados de sus patrones, en actitud de cadáver, seco; una verdadera momia, y fué llevado á Hualfin, donde en tierra sagrada, descansan sus huesos.

Donde murió, hoy se vé un montoncito de piedras

bolas, y una cruz de palo. No hay viajero que al pasar, no se descubra y lamente el trágico fin del negro servidor.

Y si amigo dijeres ser comento, como me lo contaron te lo cuento.

Ya entrada la noche, nuestro guia gritó: Ya estamos en San Francisco, señor

Nuestros arrieros no habian podido seguir el paso de nuestras mulas y venian muy atras.

Desde que dejamos á Hualfin, me habia acostumbrado á oír hablar de San Francisco, y de sns casas de piedra, y me habia formado la idea de que aquello seria una pequeea aldea fronretiza, donde se podria dar un pequeño descanso á nuestras pobres humanidades.—Cuando ño Longinos, gritó ya estamos patron, me tiré rápido de la mula y me dispuse á descansar. Cual no seria mi desconsnelo al ver el paraje. Habíamos llegado al famoso San Francisco, y toda su grandeza y poderio, se reducía á cuatro cuevas diseminadas en las piedras, por el estilo de las que han dejado en españa los Celtas.

No se puede negar que estas cuevas que no tienen mas que una entrada, en estos parajes son de utilidad para la generalidad de los viajeros, porque por lo menos le dan abrigo, pero como tienes que andar en veinte uñas, á la mañana siguiente amanece con un dolor tan grande en la cintura, que tienes que hacerte curar.

Como no habia otra cosa, nos posesionamos de la mas grande, hasta tanto llegasen nuestros arrieros que fué bien entrada la noche,

Por fin se pasó no del todo mal.

La temperatura apesar de estar los corros vecinos con nieve, no fué tan cruda como la anterior, sin duda en razon de los vapores que despiden las aguas termales que cruzan todo este valle, y cuya temperatura en sus nacimientos es alta.

Al rededor de estas cuevas, hay muchos vestigos de haber existido no hace mucho tiempo un gran campamento, y yo creo que haya sido de alguna de

las varias comisiones que estaban encargadas de la demarcación de límites.

Han señalado una plaza y han arreglado calles, seperando con cuidado piedras y guijarros y poniendolos cuidadosamente en fila. Esto prueba dos cosas: ó que eran muy delicados ó no tenían mucho que hacer.

Sobre un cerrillo vecino, hay un promontorio de piedra y en su cúspide una cabeza de animal vacuno, dando frente al campamento. En la testuz tiene diferentes fechas y una que otra tontería escrita. En uno de sus cuernos, unos versos ó cosa parecida, que voy á transcribir.

Yo no sé si el autor ha querido escribir un terceto ó si pensó escribir una redondilla y se le acabó el tabaco en el tercer pié. Como tiene de todo, alla vá. Dice:

Los rigores del tiempo te mataron
Cuando á Chile marchavas en procura
De mostrar á ese pueblo, tu bravura.

Todo el dia lúnes 12, lo pasamos allí, dando la última mano á nuestros preparativos para emprender el paso temido de la cordillera.

Ademas habia necesidad de dar descanso á las mulas, y arreglar bien todas nuestras calchas, pues no es cosa sencilla el paso de esa gran travesia, de un dia de camino y que si lo coje un temporal puede dejarle el ojo seco.

Ese dia me sentí intranquilo. Estaba casi, casi á la puerta de la vecina república y tan próximo que ardia en deseos de trepar los cerros que tenía al frente para ponerme al habla con el vecino de ultra cordillera.

Vino la noche. Ganamos nuestras cobachas y para que mentir; no pude conciliar el sueño en toda la noche, tal era el grado de agitación nerviosa que movía todo mi ser.

No era la de la alba. Mi reloj marcaba las 3, y ya estábamos á lomo de nuestras mulas. En marcha.

Mi compañero Lopez, tambien ardía en deseos de conocer la cordillera y es el primero que se ha encasquetado su boina y puesto un hermoso capote y dice: *Con estos te los pasarás pues, no tengo miedos cordilleras.* Adelante.

Son tantos, los percances que se cuentan de la cruzada por este paso, que al mejor y mas templado lo hacen entrar en aprehsiones y toman todas aquellas medidas que el buen criterio aconseja. Y por lo mismo que uno vá por lo desconocido, vá lleno de temores.

Pero ahora para la tranquilidad de nuestros ánimo, el que esta época es la mejor del año para efectuar el paso, pues ni los temporales son tan rēcios ni seguidos ni tan fuertes los vientos.

Además ya no nos queda otra cosa que hacer. Hay que atropellar el paso.

¿Qué se diría ahí, si se supiese que dos godos, habian vuelto cara por temor del frio? Que ya no conservábamos una pizca de ardiente sangre de los viejos conquistadores. Y á fé que tendriais mucha razon para pensar así. Pues cuestas arriba, y si sucumbimos, no faltará alguna alma piadosa que deposite sobre nuestra solitaria tumba, una modesta cruz de palo.

Me olvidaba decirte que en este pequeño valle corre el agua en abundancia y tienen la particularidad de ser calientes. Existen baños, hechos en el mismo cauce de los diferentes arroyos, á todas luces hechos por los miembros de la comision de límites, y puedo asegurarte que para encontrarse al pié de la cordillera, su temperatura no baja 37°.

¡Qué hermosas termas se podrían establecer aquí! Pero por ahora y hasta pasado muchísimo tiempo será poco menos que imposibles en pensarlo, salvo que la dirección de los globos no sea dentro de poco tiempo una bella realidad.

Estas aguas nacen y mueren en el pequeño valle. Circundadas de cerros y cerrillos, no tienen salida sinó por medio de eternas filtraciones, y formanse en el valle grandes y pequeños lagos, que solo son frecuentados por Anades y Parinas.

En marcha. La luna tan indiscreta, con los enamorados trasnochadores, se nos mostraba plácida con nosotros, y á fé que bien necesitábamos sus tibios resplandores.

Las estrellas, pocas veces las he visto brillar con tanta limpieza, y se movian de una manera tal, que cualquiera diría que estan bailando la jota de los Dolores.

Nada, en marcha y Peñas arriba como diría Pereda.

Echamos á nuestro guia por delante y encapotado y silencioso lo seguimos como sigue la sombra al cuerpo.

Pronto estuvimos al pié del célebre Mojon de San Francisco.

Una tristeza grande se apoderó de mi ánimo. Creia encontrar algo que significaria la grandeza de la demarcación de la linea de dos pueblos, y me encontraba con un rollo de piedra tomada al acaso del alto de un cerro, sin nada que indique para el que pasa por primera vez y no está en antecedentes, que aquello ha sido tan discutido por dos pueblos.

Seguimos. El frio en aquella altura es atroz y llegamos al Aparejo, sin saber donde llevábamos los piés y las manos.

El Aparejo, es uno de los cerros más elevados del paso, siempre cubierto de nieve, y le dan ese nombre por la forma que tiene semejando un aparejo de carga.

Bien pronto tuvimos sobre nuestro cuerpo las caricias del sol que bien lo necesitábamos.

Estamos en la cumbre, es decir en plena cordillera. El dia es espléndido ni pedido por nosotros se podia obtener mejor. No hay en el horizonte un solo indicio de que pueda producirse un

temporal. Los cerros están como dormidos, envueltos en blancas pieles de armiño.

Parece que no se dan cuenta del paso del desconocido, y no se agitan. Pero no hay que confiar mucho en esta calma y hay que seguir adelante.

Estamos en la Laguna Verde, en medio de la temible Cordillera. Es una laguna inmensa y sus aguas de subido color verde, alejan de sus ninfas, hasta los pájaros. Se supone tiene mucho pescado, desconociéndose por completo su clase, pues no hay viajero que se arrime á sus orillas no por temor sino por no perder un minuto, en banas contemplaciones. Es la Laguna Estijia, de los Andes.

Barrancas Blancas, Campo Bello, El Campocillo, Cerro Arisco, y por fin ¡Rio de Lamas!

He dicho por fin Rio de Lamas, y con exclamación por que ahí se da por terminada la jornada y recién en ese lugar puedes considerarte á cubierto de un golpe de mano de la tan temible Cordillera.

Y ya era tiempo de llegar. Diez y seis horas de marcha, sin habernos bajado de la mula ni siquiera para tomar agua, imponian una fuerte pausa á nuestras tareas, para tomar algun alimento. Habiamos hecho el sumun de los esfuerzos y nos encontramos fatigados.

Por otra parte nos hallabamos satisfechos por haber salvado el Rubicon, de nuestro camino y orgullosos de haber efectuado una cruzada que siempre impone á los hombres de templado corazón.

De mí se decir, (fuera modestia) que me sentia satisfecho, y ahora estoy convencido que aunque sea á los 52 años podré servir de marucho, á la patria de mis hijos, el dia que por desgracia se viese envuelta en una guerra con su inquieto vecino.

No por encontrarnos ya en Rio de Lamas, sanos y salvos, todas han sido flores, hemos tenido que pasar la noche, con media docena de mates cimarrones.

Nosotros al marchado de las buenas mulas habiamos empleado 16 horas, nuestros arrieros 21. Asi

Pues llegaron á nuestro campamento á las 12 de la noche y allí á esa hora no teníamos otra cosa que agua y forrage para las mulas.

Una noche en la cárcel se pasa, y así pasamos nosotros al abrigo de las grandes barrancas de piedras del renombrado Río de Lamas.

Has de saber que los chilenos, quieren que por ahí pase la línea, pues de ese modo queda para ellos la famosa Boratera de Maricunga. Los argentinos por otra parte pretenden que la línea pase por Santa Rosa, y así quedaria para vosotros, no solo la Boratera de Maricunga, sino la riquísima Salina de la misma laguna.

De ser así puede decirse que La Argentina se le iría casi casi hasta la boca de la quebrada de Paipote y puedes creerme seria mucho pretender, pues seria ni más ni menos que pegarles un punta pié y largarlos al Pacífico.

Yo creo que hasta Río de Lamas, estaria bien, aunque vuelvo á repetirte yo les regalaría hasta el Valle de San Francisco dándoles como cargo que se obligasen á poblarlo.

Dejamos Río de Lamas, y pasamos un pequeño desierto antes de entrar de lleno en las famosas salinas Borateras de Maricunga. Esta inmensa salina es una particularidad. Al Norte sus productos son cloruros de Sódio de una pureza incomparable y al sud, Boratos de Soda.

Hoy no se explota otra cosa que la Sal en la forma que lo hacen en Salta y Jujuy, en grandes masas como para carga de mula.

En las Borateras están paralizados los trabajos—creo que á causa de un sensible descenso en los precios de este artículo.

Santa Rosa, El Peñón y Ojo de Maricunga. Desde que pisamos Santa Rosa al borde de la boratera de Maricunga, nos sorprendió ver un camino carretero tan bueno que por lo mismo que se encontraba en el desierto era para mí una sorpresa. En el acto me di cuenta de que aquel camino había sido

construido para la explotación de las salitreras, pero era tan bueno, se encontraba también su conservación que me di cuenta en el acto de la importancia que dan en Chile á las vías de comunicación.

Yo no salía de mi sorpresa. Estaba en Chile por uno de los cerros N° 100 y me encontraba con una carretetera solo igual á las que mi memoria guardaba de España.

El camino parte, desde el centro de la Saliterra pasa por Santa Rosa, trepa el Peñon, sigue por el Ojo de Maricunga, baja por la quebrada de Paipote, pasa la Puerta y llega á Pùquios, hoy cabeza de Ferro Carril.

No presenta una anchura mayor de cinco metros pero han tenido la proligidad de separar las piedras á rastrillo en una extensión de más de treinta leguas.

Alli donde la pendiente ha sido mayor de un 30 por mil, han hecho el trazado á zis-zas de una manera admirable y así suben cuestras enormes carros cargados con los productos de las salitreras.

Así pues, el bautizo de impresiones que he recibido al entrar en Chile, es bueno. Veremos cuando pise los artesonados de sus salones, que impresión recibo.

Desde Maricunga, á la Puerta de Paipote. Alli hicimos noche.

Nada mas propio que el nombre que le han dado á ese lugar. En la quebrada de Paipote, al llegar los cerros se juntan, se estrechan, como si quisiesen abrazarse; y han dejado un paso tan angosto, que despues de construir una miserable casa, entre ésta, y la roca del cerro se tira una palanca de cinco metros y queda cerrada la quebrada.

Dá miedo tener que dormir alli, encerrado á todos vientos por peñascos, que no tienen menos de cien metros de elevación, y con rocas salientes como casas, casi suspendidas de un pequeño extremo.

Y para que allí sea todo raro, á nuestra llegada, el arrendatario señor Victorio Romo, (y tiene mas narices que Fernando VII) nos invitó á pasar á su

quinta á comer unos higos. ¿Higos á dicho? Considera si le tomaríamos la palabra, cuando hacía mas de veinte dias que no sabíamos ni que color tenía la fruta, y corrimos presurosos á la quinta.

Ibamos de sorpresa en sorpresa. Sobre aquel suelo rocalloso, y al bordo de una pequeña acequia se nos presentó una serie de higueras enormes cubiertas de exquisito fruto.

Yo no he visto ni creo ver higueras más grandes. Su tronco es tan grueso que dos hombres no alcanzan á abrazarlo y es tal la altura que los higos de las ramas más altas no hay quien los baje, y esperan que caigan de maduros, para hacer pasas. Escuso decirte que como aquí llueve, por la muerte de un obispo, la fruta es sabrosísima. Bonitas se nos puso la jeta á todos. Yo creo que aun conservo algunas semillas en el estómago.

De la Puerta de Paipote; Las Chinchas, Cerrillos; Las Sierras, *Los Lambidos*.

Los Lambidos son una serie de cerros dentro siempre de la misma quebrada, que no tienen ni señales de vejetación. Desde su cumbre á su base, presentan una exterioridad, que semeja las paredes de un zaguan dispuesto para ser estucado. Es tal su igualdad que pudiera decirse que han sido arreglados á fletacho.

La Dulcinea, El Buitre, Púquios. Estamos en la Estación Púquios, cabeza del Ferro-carril dentro de la quebrada de Paipote.

Este Ferro-carril, que tiene su arranque en Caldera, es el primero de los Ferro-carriles Sud-americanos. Fué inaugurado en Febrero de 1851, y siguió su construcción al principio tan solo hasta Copiapó 18 leguas, para transportar los valiosos minerales de Chañarsillo.

Hoy parte un ramal á San Antonio y el otro á Púquios, ambos como principal objetos la explotación y conducción de minerales.

El Buitre, es un mineral muy cerca de la Estación Púquios, y su propietario el Sr. Gacitua, gefe de

la Estación, abriga grandes esperanzas en su explotación.

La Dulcinea, por el contrario, es una vieja coquetona, al cuidado de los Sres. Ingleses, y les paga tan bien sus cuidados que el año pasado les ha dejado libre de polvo y paja, *seis cientos mil pesos*.

El tren que sale de Copiapó á las 9 a. m. llega á Púquios á las 11.25 y sale de Púquios, á la 1.15 p. m.

Es de trocha ancha y no es malo ni el aspecto de los coches ni su movimiento.

La marcha es lenta pues para recorrer 12 leguas echa dos horas, pero para donde van gente en condiciones de emprender el viaje.

Antes de llegar á Copiapó, están las estaciones siguientes: Venado, Garin, Churo, Ladrillo, Paipote y Copiapó.

Copiapó, Capital de la provincia de Atacama, hoy por hoy, descanso obligado nuestro.

Nuestra entrada en tierra de Copiapó, pisadas por primera vez, por Diego de Almagro, en 1535, no es del todo desagradable y confieso que no creía encontrar dentro de este desierto tanto bueno.

He de seguir al Sud, á mi regreso á ésta y antes de emprender el viaje á mi querido Tucumán, he de manifestarte mis impresiones de ésta y de las poblaciones que recorra. Hasta entonces permítame un pequeño peréntesis, que sirva de descanso á mi cuerpo y á mi alma.



DESDE CHILE





DESDE CHILE

CIUDADES, PAISAJES, HOMBRES Y COSAS

Querido Ricardo:

Quedé con la palabra en Copiapó, esa tierra pisada por primera vez por el intrépido Almagro, en 1535, y prosigo.

Copiapó, es una bonita ciudad. Capital de la provincia de Atacama, un tiempo fué la ciudad más rica y más comercial de la República. Su grandeza fué debida al famoso y rico mineral de Chañarcillo, descubierto el 19 de Mayo de 1832, por Juan Godoy.

Ese indio, pastor, ó cateador afortunado, descubrió el rico mineral 300 años despues que fuera presentado por Almagro, y esto fué lo que dió importancia á Copiapó, que llegó á tener una población de treinta mil almas. Hoy escasamente tiene diez. Verdad que aquel rico filon que dió tantos millones de pesos, hoy, ó por mal explotado ó por que todo se acaba, ha perdido su importancia, decayendo por tanto, la de esta capital, que vivía de su riqueza.

El pueblo de Copiapó, reconocido al descubridor le ha levantado un monumento, en la Alameda, man-

dado construir en 1851, por el presidente de la Municipalidad, coronel D. José Francisco Gana.

Tucumán, tiene igual deuda con el Dr. Colombres. El fué para esa provincia, con la introducción de la caña, el Godoy tucumano, descubridor del Chancillo de su riqueza.

La estatua representa un indio de pequeña estatura, con la barreta minera en la siniestra y el fuerte combo en la diestra, lleva un poncho burdo al hombro, calzón corto y ancho y sus piés están cubiertos con abarcas de cuero. En la cabeza un polis, parecido al que usa el ejército español en sus cuarteles. No es ñato, ni de pera.

En la misma Alameda, se alza el monumento á Atacama. Está situado en la calle de su mismo nombre y prolongación de la de Juan Martínez y fué erigido á la memoria de los hijos de esta provincia, que sucumbieron en la guerra del Pacífico.

De aquí marchó un fuerte batallón de 600 plazas, al mando de su comandante José Juan Martínez, siendo segundo jefe, Rafael Zorraindo. En el desembarco de Pisagua, y batalla de Dolores, quedó reducido á sus dos terceras partes, y terminada la guerra, volvian á sus hogares, 59 hombres.

Ese grandioso esfuerzo por la patria, ha sido premiado por el pueblo de Copiapó, levantando ese monumento á la memoria de todos los que cayeron defendiendo sus ideales, y allí están esculpidos sus nombres: los jefes y oficiales en medallones de bronce incrustados en el mármol en el testero del monumento, y los de la tropa grabados en el mármol del basamento. Corona el monumento la estatua de la libertad, llevando en la siniestra una corona de laurel y en la diestra una espada. Lo circunda una buena verja de hierro, adornado con atributos de la guerra, escudo y bandera chilena.

En la misma Alameda, se alza el monumento levantado á O' Higgins. Es tambien de mármol y en su cúspide está el busto en bronce del patriota chileno. Dicen sus leyendas:

BERNARDO O' HIGGINS

CHILAN

20 DE AGOSTO 1876.

Pueblo saluda al héroe!
Y en su vida, en su historia,
A Chile, aprende á amar!
Vivió para la patria
O' Higgins, y hoy su gloria
La patria viene á honrar.

En tres de sus frentes lleva las fechas de:

Rancagua 1814.

Chacabuco 1817.

Maipú 1818.

En esta Alameda y haciendo cruz á la estatua de Godoy, está situada la casa del Consulado Argentino.

Al pasar bajo los pliegues de su ancha bandera, nos descubrimos con respeto emocionados al ver en tierra estraña algo que nos pertenecía, algo de nuestra patria.

Copiapó, presenta un agradable conjunto, con sus calles, admirablemente bien niveladas.

No hay una sola empedrada, todas son con ripio y bien aplanadas y aquellas mas céntricas, que son las que reciben mas directamente la acción Municipal, ya quisiera Tucumán, tenerlas para un dia de fiesta.

Con las aceras, es original lo que aquí sucede. Parece que hubieran sido construidas á capricho de los propietarios, pues no hay una sola cuadra que guarde uniformidad.

Las hay de una hermosa piedra azul, lisa y grande que ocupa toda la acera, las hay de concreto y misto de canto rodado chico, y piedra ancha arenosa como las trotadoras que se usan en Buenos Aires, en ciertas avenidas.

El riego se hace mal y lo mismo el barrido, pero existe una causa poderosa para ello: la Municipalidad está quebrada.

Tiene gas y aguas corrientes, á media correspondencia—El telégrafo está servido por señoritas durante el dia, y son lo mas atentas y educadas. La mayor parte de las peluqueras están igualmente servidas por buenas mozas.

He notado muchos colegios; uno de señoritas regentado por hermanas de la caridad, me ha llamado la atención.

Iglesias. La Catedral, San Francisco, La Merced, y Santo Domingo.

La Intendencia Municipal, nueva y bastante espaciosa, sin terminar, por falta de *monis*.

El teatro no es malo y me pareció ver á nuestro viejo Belgrano.

Es mas ancha su platea que el de Tucumán, y los asientos tan decentes y cómodos, que si nuestro amigo Carlos Porfirio los viese, ordenaria que se llevasen para el Belgrano, aunque fuera á lomo de quirquinchos.

Tiene 300 lunetas, 25 palcos altos y 14 bajos.

Esta diferencia la forman 16 lunetas avanzadas de los palcos bajos. El paraiso es un mamarracho, pues están contra el techo, de manera que los asistentes tienen que agacharse para entrar.

La construcción es de madera, y sus decorados pobres.

Asistí á una función que daban la noche del domingo 18. Representaban «Las dos Princesas». No habia mas que seis palcos bajos desocupados. Las lunetas estarian tomadas las dos terceras partes, muchas de ellas ocupadas por señoras y señoritas. He notado que no habia una sola de éstas que llevase gorra ó sombrero, usaban un lazo ó flor en la cabeza.

La compañía es de las que se titulan Cómicos de la legua. El que hacia de príncipe, alardeaba de una voz, seca y aguardentosa, que mas que voz de baritono, parecia cencerrero rajado. Creo que si se hubiera ido por esos mundos, lo habrian sacado de allí en camilla, camino del cementerio.

Aquí no llueve ó llueve muy poco. El rio Co-

piapó, es el encargado de regar los grandes y pequeños fondos á lo largo de la quebrada y allí donde puede llegar agua, es asombroso el desarrollo de la vegetación.

La plaza de Copiapó, no tiene otra arboleda que Aguaribay, y uno que otro *eucaliptus globulos*, pero nadie ahí se podrá dar una idea ni de su altura ni de género. No tiene menos de 45 á 50 metros de alto por 1.50 de diámetro.

He visto unos cuantos ejemplares de *Araucarias Brasilenses*, que tendrán 80 metros de altura y tan rectas que parecen el mastil de un grandioso buque de vela.

Las higueras, los duraznos, los perales, la viña, los granados, los olivos, tienen un admirable desarrollo y su fruta toda es exquisita.

El trenwía,—aquí el coche no es coche, es carro,—tiene una sola línea corta y mala. Los coches son verdaderos almatrotés. Es barato el servicio, pues no vale sino cinco centavos.

Cuando tomamos asiento, un señor flaco y petizo, se levantó del que ocupaba y nos dijo:

—El pasaje, *po* señor.

Alargamos una moneda y nos dió el vuelto sin entregarnos el boleto.

—¿Y el boleto? preguntamos.

—No hay boleto, *po* señor.

Reflexioné y me dije; «mucha confianza debe haber en la cuadrilla, cuando no se establece control» pero supe despues, que era una empresa arruinada, y el arrendatario actual, era mayoral y sus hijos los conductores.

No llevan bocina, y si un pito como el que usa la policía de Tucumán.

El día de nuestra llegada, estábamos en nuestra habitación, cuando sentimos un repetido y prolongado toque de auxilio:

—*Que te peleas en la calle*, dice mi compañero, y corrimos, creyendo que se hubiese armado alguna gresca, entre algun adorador del buen Pisco, y la policía.

Buen chasco nos llevamos, era el conductor del trenvía, que tocaba en cada una de las boca-calle.

Te aseguro que un trenvía de Ferreira con el peludo Carancho de conductor darian golpe acá.

Hay un exagerado amor á la patria.

Es muy general ver por todas partes escrito: «¡Viva Chile!» y las casas sin excepción tienen su asta bandera, donde con cualquier pretesto izan la tricolor enseña.

La policía vá vestida con trajes que estarían mejor por su color en la Argentina. El casimir ó paño es de un color azul marino, con vivos blancos en la franga del pantalon, boca, mangas ginetas y cuello. La gorra es baja y tiene mucho por su forma de la alemana.

La artillería se asemeja más á la Argentina, sin ser tan elegantes sus trajes.

Los oficiales, llevan el cuello de la casaca muy alto y cerrado, hasta el extremo de que parecen sin camisa. Saltaba el contraste de que mientras ahí las tropas visten de brin y sudan, aquí de paño y con frio.

El fusil es mauser, sin depósito, y algunas bayonetas que he visto son largas y en forma de espadin.—No creo que puedan igualarse al fusil argentino.

Por lo que toca al desarrollo físico del soldado, nada he visto que pueda aventajar á los bravos criollos.

Espero ver en la Capital de la República alguno de los cuerpos de línea, para poder decir algo de su marcialidad.

Desde ya voy con pena á Santiago. A mi llegada á esta, he visto que los diarios dán la noticia de la salida del General Körner, para Europa; tenia deseos de conocer á este renombrado personaje y me quedaré con las ganas. Lo siento; pero creo que algo he de ver, que me haga apreciar el espíritu militar alemán introducido aquí.

Me olvidaba decirte que en Copiapó hay tres

publicaciones, diarios. «El Atacameño», «El Constitucional» y «El Amigo del Pueblo». Ninguno, ó mejor dicho, los tres juntos, no valen lo que EL NACIONAL, de esa. Cobran 5 centavos por número, y aun no les á entrado la moda de pregonarlos para su venta.

Es jente muy dada á la política. Todos los dias están de reuniones. Se acerca el 4 de Marzo en que elige toda la República sus representantes al Congreso y los Municipios sus autoridades comunales. Pero hay que hacerles justicia, son jente muy sobria y muy circunspecta.

No he visto un borracho en dia de trabajo ni dia de fiesta, y debo advertirte que aqui vale el litro de vino 25 centavos mejor que el que se vende ahí de Cafayate, á 60.

Hay mucho respeto por la ley, y casi no se necesita guardia de cárceles para mantener el órden.

Aquí no se conoce entusiasmo por el carnaval, faltan unos pocos dias y no he visto que nadie haga uso de pomos, serpentinas ó papel picado.

La alta sociedad copiapopeña ha hecho su paseo favorito en la calle Atacama, entre Maipú y Yerba-Buena. Allí he tenido ocasión de ver lo más y mejor de la sociedad. puedo afirmarte que no he visto muchas hermosas; pero sus ojos negros, rasgados, pasionales, son muy parecidos á los de las tucumanas, pudiéndose decir de acá lo que tú de esa bendita tierra: «el pais de los ojos bellos».

Visten con suma sencilléz, y en su habla, de timbre armonioso, no se nota tonada ninguna.

Hay costumbres muy originales. Los coches de plaza son unos desmantelados, viejas tartanas y solo hacen servicio de dia. La tarifa es 80 centavos por hora.

Desde la estación del ferro-carril al hotel *1 cancha* (20 centavos) por persona, pero esperan levantar cuatro ó cinco para seguir viaje.

Una noche pasaban tres *changos*, ginetes en sus buenos burros, cada uno con sus correspondientes láriganas. Uno de los *changos*, de voz poderosa y

simpática, para un futuro tenor de zarzuela, gritaba casi puerta de por medio.

— «¡Tio, Jud; Tio, Juá Juá!».

La curiosidad, hizome detenerlos y preguntarles lo que vendian.

Patitas y *Guata*, pó señor.

En verdad, esa era la mercaderia que ofrecian patas y panza, de una blancura y limpieza admirables, que estaban diciendo: ¡comedme! Despues supe que por disposición municipal, solo á esa hora les está permitido vender ese artículo por las calles.

Y sea dicho de paso, que aquí donde el kilo de carne de toro, (como se llama el buey) vale de 80 centavos á 1 peso, hay mucha gente que no se alimenta con otra cosa que con patitas y *guata*.

El Cuerpo de Bomberos está formado por dos compañías y ocupa un hermoso local en la calle de Atacama, al lado del teatro.

Hay mas boticas que en Tucumán, y siendo un pueblo tan sano, no me esplico el por que de tanta droga, ni de qué viven los galenos, pues hoy por hoy, la única enfermedad seria en la localidad es la *Sindineritis*.

No se que se han hecho los renombrados caballos chilenos. Es muy posible que estén en las haciendas del Sud. Aquí no he visto uno que sirva, sino para pisar barro.

El consulado argentino, ocupa una bonita casa y tiene una buena ubicación.

Está en la terminación de la Alemeda de O'Higgins, y muy cerca de la Estación del Ferro Carril de una compañía inglesa. En caso de alguna pueblada de los rotos, no habria más que ganar sagrado, pasando por los fondos á territorio británico.

No asi el español, pues está ubicado en el centro; en uno de los barrios más concurridos y vecinos al teatro. Este consul en caso de *emplume*, no tendria otra escapada que el templo de Talia, pero allí, hoy por hoy, está visto que las musas no protejen y aunque quisieran ocultarlo disfrazándolo

de Apolo, no escaparía, pues los rotos ya saben el modo de descubrir á los Godos, con solo hacerles decir: *Aceite*.

Pena y grande me ha dado cuando he visto la bandera de mi patria enarvolada en el Consulado de Copiapó.

Aquello no es bandera española, ¡mentira! es simplemente un trapo sucio colgado. Si no hubiera sido por el escudo de torres y leones, nunca hubiera dicho que esa era la noble enseña de mi querida España.

¡Gualda y Rojal ¡Qué sarcasmo! Dos tiras de género rojo angostas y una ancha, muy ancha, en el centro, que bien puede haber sido amarilla, pero que hoy, está blanca de vergüenza ó pálida por la indignación!

No he querido ni preguntar quien es el consul, al ver ese giron sucio, como insignia de su representación en esta Capital. He preferido pasar como errante peregrino sin decir quien soy ni á donde voy. Mi alma de español, hace tiempo que está por demás lacerada, y me hubiera dolido mucho tener que ir é cobijarme debajo de un andrajo. Pasé, y con el dolor más profundo en mi pecho, recordé todas las desventuras de mi tierra, transportadas en una forma tan burda, á la Capital de la Provincia de Atacama.

El día 21 de Febrero á horas 9 a. m. Dejábamos á Copiapó. El tren que nos conducía á Caldera llevaba la máquina número 28, de nombre José Francisco Gana.

Estos trenes son de moróndanga, un verdadero juguete. La máquina es una miniatura. Puedes calcular su potencia, con solo decirte que en cuesta abajo, como vá, no arrastra mas que un coche de 1ª y uno de 2ª y el pequeño furgon de carga.

Estos coches, (carros se llaman aquí) no tienen ni escusado ni mingitorio, y aunque no son mas que dos horas de viaje, el pasajero que salga de Copiapó con seguidillas, tendría que ir provisio de corchos

cónicos, pues de lo contrario correría peligro de perder casamiento si es soltero, y pantalones si no viaja de chiripá.

Antes de llegar á caldera, se pasa por las estaciones de Toledo, Piedra, Colgada, Chañarcillo y Monte-Amargo. Escuso decirte la importancia que tendrán estos bohios, cuando no se han tomado el trabajo de ponerles nombre.

Quince minutos antes de llegar á Caldera, se vé una gran piedra errática, á la derecha del camino. Es el Alto del Fraile. Sobre su cima, hay un mono de piedra que semeja un fraile. Desde allí, se distingue el azul purísimo del mar del Sud. Sus tranquilas aguas como una balsa de aceite, por esta vez acreditan el nombre de Pacífico que lleva.

Esas aguas son las mismas que Vasco Nuñez de Balboa, descubriese por primera vez, después de cruzar las etapas de la América Central y entrando en Javira, el 29 de setiembre de 1513 con el agua hasta el pecho, la espada en una mano y el estandarte de Castilla en la otra, tomase posesión del mar Pacífico, a nombre del rey de España.

Hemos llegado á Caldera. Es una población de escasísima importancia, un pequeño barrio de la Boca, ó Barracas, allá por los años 1864.

Desde que sales de Copiapó hasta llegar á Caldera, sigues el curso de la misma quebrada de Pai-pote. Cuanto más te acercas á la costa más se ensancha el valle. Pero á su vez, cuanto más te retiras de Copiapó, más árido es todo lo que á tu vista se presenta.

Teníamos que permanecer en Caldera hasta el día siguiente. El vapor no llegaba antes de las 7 a. m. y se hacía necesario pasar esas mortales horas de algún modo.

Me dirigía á la playa. Ya en el muelle recordé que el año 1865 uno de los buques de la escuadra española estuvo allí, estableciendo el bloqueo.

Pregunté á un viejo marino al servicio de una

pequeña lancha, que si hacia mucho tiempo que vivía en Caldera.

—Mucho *pó* señor, desde antes de la guerra con los godos.

—Entonces recordarás donde estuvo la fragata *Numancia* cuando bloqueó este puerto.

—Si *pó* señor, allí á fuera.

—¿Quieres llevarme en tu bote á la altura en qué fondeó?

—Si *pó* señor.

—Vamos, pues.

La tarde era espléndida. Una suave brisa risaba las del Pacífico, y la pequeña lancha se deslizó tranquila, al impulso de los remos, manejados por dos brazos vigorosos.

Diez minutos tardariamos en llegar al paraje en que, segun sus recuerdos, estuviera anclada la *Numancia*, al mando de su comandante señor Casto Mendez Nuñez.

Al pasar por unas boyas de señales, nos dijo nuestro guía:

—Ese palo que usted vé es el palo mayor del *Blanco Encalada*, que el arrojó del comandante Fuentes, puso fuera de combate con su torpedera *Linch* el 91. Todavía están allí sepultados, casco, cañones y mas de 90 hombres de la marineria, producto de las guerras entre hermanos.

Cuando llegamos á donde mi guía me dijese haber estado la *Numancia*, aparentemente nada se notaba en las aguas del mar.

Solo los ojos de mi imaginación creían ver fresca aún, la estela dejada en las ondas por la quilla del mas poderoso guardian de la honra de mi patria en esa época.

Y pensaba, hasta donde llegaba las quillas de sus buques de guerra en demanda de reparación á su honor ofendido.

De allí salió para ir al sud, levantando un bloqueo tan inútil como costoso.

A la muerte del almirante Pareja, abandonó las

aguas de la bahía de Caldera, y se fué á Valparaiso, en donde en consejos de gefes, fué nombrado por antigüedad jefe de la esquadra.

Al día siguiente, ordenaba la reconstrucción de todas las fuerzas de su mando y enarbolaba la insignia de almirante en la *Numancia*, que hasta entonces habia estado en la *Villa de Madrid*.

De los sucesos posteriores, ya se nos presentará la oportunidad de echar algun párrafo.

El día 22 á las 10 a. m. dejábamos la población de Caldera. El viejo marino nos condujo en su lancha hasta el costado del vapor, entregamos nuestros boletos de pasaje, y nos instalaron en un pequeño pero aseado camarote.

Minutos antes de dejar la hermosa bahía, capaz de dar cabida á todas las escuadras del mundo, saludó el vapor á la población que dejada con tres poderosos bramidos de su sirena, como de toro de Veragua, saludo contestado por el eco cercano de la montaña.

La pesada ancha se estremeci6 al dejar su lecho de pequeños choros, la voz poderosa del capitan se dejó oír diciendo: «Vira babor,» y el pesado buque salió mar afuera.

Sobre la bandera que al tope ostentaba el vapor *Perú*, bandera inglesa, habia en uno de sus lienzos estas cuatro letras en cruz

P S
N C

Es el lema de la compañía y quiere decir: *Pacific Stean Navegati6n Company*.

En uno de tantos viajes, algunos pasajeros de buen humor se lanzaron á descifrar el significado de las letras estampadas y en presencia del capitan del vapor, las tradujeron en esto:—*Poca ser4 nuestra comida*.

El capitan que segun parece no habia estudiado para zozzo, les contestó rápidamente: *Peor ser4 no comer*.

A las 10.50 pasábamos la bahía, doblábamos el faro de Caldera y á las 11 nos poniamos frente á Calderilla, antiguo é inc6modo puerto de Caldera.

Eran las 11.50, y enfrentábamos al Morro de Caldera, un hermoso cerro, cortado á pique, cuya estremidad occidental, como la punta de un legendario sable de granaderos á caballo, entraba en las espumosas ondas del mar Pacífico.

A las 4.15 p. m. estábamos en Carrizal, una fundición de metales de cobre de poca importancia.

Algunas gaviotas y alcatrases nos han seguido sirviéndonos de escolta y saludándonos con sus agudos graznidos. De tiempo en tiempo, se ven sobre las azuladas aguas, las aletas de los grandés tiburones, que pasan cerca del vapor husmeando la carne blanca y fresca de los pasajeros. Por esta vez creo que se quedarán sin saciar su siempre voraz apetito, pues á bordo no parece que haya persona alguna que quiera pegar una zambullida en el mar, y el tiempo tampoco amenaza peligro que pudiera traer un trastorno para el vapor.

Son las 6.30 p. m. Estamos en Huasco.

Estos vapores hacen escala aquí por que siempre tienen que llevar minerales y uno que otro pasajero que va al Sud.

Huasco es una caleta de dos docenas de casucas de madera; de un aspecto terroroso que se confunde con las rocas de sus próximas montañas.

Hay una buena fundición de metales, la que beneficia á todos á aquellos que producen la zona de Frairinas y Vayamar.

Tiene tambien su pequeña industria vinícola, y aun que es poca su producción, la calidad de sus vinos es famosa.

Asi que fondea el vapor, una porción de lugareñas de Huasco,, lo invaden ofreciendo los productos de su privilegiado suelo. «Pasas de uva, con semilla y sin ellall» gritan, y en unas cajitas de madera de alerce, toscamente trabajadas, te venden las famosas pasas de Huasco, muy superiores á las de Corinto. Venden tambien corbatas y anillos de pelo, de un buen pintado y de calidad superior.

Tres horas empleó el vapor en la carga en Huas-

co. Cuando dejamos la pequeña bahía, estábamos en la mesa, y por las ventanillas del comedor se veían á lo léjos las luces de la pequeña poblacion que bien pronto se perdieron de nuestra vista.

Después, un poco de música, el consabido té á la inglesa y al camarote, que la mar arrecia y es mejor evitar todo lo posible el desocupar el estómago á la fuerza.

La noche no se ha pasado del todo mal. Un camarote para tres desconocidos, una cama alta, dentro de ese camarote y el crujir constante de las bordas por el azoteo de las aguas, es lo suficiente para amanecerse sin dormir.

Bien temprano el vapor silbó antes de sacudir nuestra pereza, habia largado anclas, y nos encontrábamos dentro de un verdadero círculo; era la ensenada de Guayacan.

A cargar metales, y ahora ya tenemos tarea para algunas horas, por que la fundición que existe aquí dá muchos productos.

Como teníamos que quedar algunas horas en Guayacan, determinamos bajar á tierra y tomamos un tren rural que nos condujo á Coquimbo, donde tenia su arribada el vapor.

A la salida de Guayacan, se divisan dos hermosas haciendas ¿De quién son aquellos fundos, preguntamos al conductor? Del Sr. Tomas Asida, pó señor; son Santa Rita y Columela.

Ya estamos en Coquimbo. Otra hermosa bahía. La población de Coquimbo, es bastante importante y de mucho movimiento comercial.

Aquí no hay agricultura, ni ganadería que pueda tomarse en cuenta, pero los minerales diseminados por todo este litoral son de suma importancia.

Frente á esta gran bahía, esta La Serena, que como su puerto no dá entrada á los buques de mucho ó poco calado, tiene un ferro-carril que la pone al habla con Coquimbo. El viaje es de 30 minutos.

Esta población no es de la importancia comercial

de Coquimbo, pero es más bonita y mucho más poblada.

En una y otra, hay que admirar la cantidad de frutas y todas de la mejor calidad.

Duraznos, uvas, peras, granadas, coquillos, banana, guindas, todo bueno y barato.

Coquimbo está muellemente recostada al pié de unos cerrillos, y bañada, por las aguas de su incomparable bahía.

La Serena es menos accidentada en su asiento. Tiene una buena alameda, una hermosa plaza pública con más ejemplares de magnolias que parecen grandes pacarás.

Este país, está perdido para la libertad. Observo que cuanto mas nos acercamos al Sud, es decir á su capital, la ciudad de Santiago, encuentro mas muestra de estar entregado al neocatolicismo.

La Serena, es una población que tendrá 20 mil habitantes. Pues bien, hay 16 establecimientos, donde se rinde culto al Dios de los católicos.

Esto me ha parecido demasiado. Creo que seria algo mejor, tuviera menos iglesias, y mas escuelas.

Nos hicimos conducir á la cumbre de un camino denominado nuevo.

De allí, un panorama espléndido se presentó á nuestra vista. Al frente, y á nuestros piés, la hermosa ciudad de La Serena; á nuestra izquierda la verde campaña, hasta dar con Coquimbo, á nuestra derecha, el hermoso valle, de ambas riberas del rio Elche, sobre la márjen derecha de este rio, una hermosa fundición, propiedad de D. Carlos Lambe, que beneficia y exporta los ricos minerales de Brilla-Oro, Pajonal y Santa Gracia. En la márjen izquierda, unas lindas vegas llenas de pequeñas casas de campo á cual mas pintorescas. Y allá al fondo de este precioso cuadro, las tranquilas aguas del Pacífico, besando sus playas y sembrándolas de pequeñas conchas y finísima arena.

Basta ya de contemplaciones. Habia necesidad de regresar y mi amigo Lopez me dice: *que te quedas si te la pierde el tren.*

Tres minutos antes de la partida, tomamos asiento en un cómodo coche de un tren del estado y llegamos á Coquimbo, un poco antes de la llegada de nuestro vapor, que habia quedado en Guayacan.

A la lancha. Un enjambre de estas, se lanzan en todas direcciones hacia el vapor y al pié de su bordo, son los apuros para saltar de ellas á la escalera y subir.

En fin, ya estamos á bordo. Las mismas escenas que en Huasco, la venta de frutas, empanadillas y algunas honradas mujeres con sus grandes ollas, con rica cazuela de gallina, que venden á los pasajeros de segunda, que van en la cubierta del sallado.

Todo tiene salida aqui. Y cómo no ha de ser así, si es tan bueno; uno no puede resistir á la tentación de comprar; su calidad se impone.

El Pacífico, sigue haciendo honor á su nombre, está tranquilo.

El vapor ha levantado anclas. El capitan ha gritado: Orza á Babor! y la poderosa quilla rompe tranquilamente las azuladas aguas, dejando un reguero de espuma, blanca como los ampos de la nieve, y con tintes azulados.

Puesta la proa recta al poniente, pasamos por el espacio que en la ancha bahía, nos dejan dos cruceros de guerra ingleses, el Phætor, y el Leandir, y nos largamos mar á fuera evitando los escollos de la costa.

A las 6 a. m. pasamos frente al faro, y á las 7 estábamos á la vista de Guayacan.

El esquilon del vapor, suena y como si dijese: *á comer! á comer!*

En estos casos, no hay que ser muy dormido, y desde la primera campanada hay que aproximarse á la mesa. De no hacer'lo así, tú quedas para la segunda, y es sabido que nunca fueron buenas, segundas partes.

En la mesa, mucho me acordé de vos. Habia unas pastas de Congrio, fritas que solc con mirarlas se le ponía á uno la boca torcida.

¡Lástima y grande que no hubiera sido posible mandarlas en alas del pensamiento!

La noche, se nos ha echado encima. La mar engrosa y hay cierto movimiento de costado que nos pone intranquilos. Mi amigo López me dice: *Que te la sientes mareo* y gana cabaña pronto para evitar en lo posible la descompostura.

Yo paso un momento al salón. Había música y no quiero perder aquel rato de sociedad.

Se sentó al piano, una bellísima Ariqueña, que no contaría 18 Eñeros. Ejecutó una bella balada, intitulada: Patria Oprimida.

Tocó con tanta maestría, cantó con tanto gusto que parecía arrancar de su pecho en cada nota gemidos comprimidos, sin duda al considerarse dentro de su país, prisionera de la suerte.

No hubo ninguno que no la oyese con religioso respeto. De mí se decir, que al terminar y en medio de una salva de aplausos, tuve que ocultar una fugitiva lágrima, que tranquila se deslizaba por mis mejillas.

Basta de emociones me dije. La Alsacia y La Lorena, Sud Americanas, estarán bajo la golilla *del viejo morador de la montaña* por la razón ó la fuerza, hasta que el destino, en su insondable arcano se encargue de hacer otra cosa.

Si hubiera tenido relación con la hermosa peruana, le hubiera dado este consejo: *Sufre, calla y sed siempre peruana.*

Y creo que dentro de su pecho nacional, hay lugar para eso y mucho más.

A la cama. Son las 10 p. m. y mañana hay que estar listos bien temprano para saltar á tierra.

Nos tiramos en nuestra tarima. Cuando nos despertamos eran las 8 a. m. y creíamos estar ya en la bahía de Valparaíso. No era así, y nos encontrábamos á bastante distancia de la ciudad comercial. La mariposa hélice del vapor había recojido algo sus alas y no había marcado la misma velocidad, durante la noche y habíamos perdido algunas horas de viaje.

Mejor que mejor, así tendremos ocasión de poder apreciar de cerca la costa.

Durante la noche, hemos dejado atrás á los puertos de Las Villas, Pichidangué y Zapayar y nos encontramos en aguas del Papudo.

Estas aguas, fueron en 1865 teatro de una sangrienta escena. Mi alma de español, nunca podrá perdonar á Chile, el dolo y la traición de que se valió, para apresar La Covadonga.

Y digo dolo y traición, porque así fué, y así lo tiene la historia escrito.

Navegaba tranquilamente el buque español en aguas del Papudo, cuando vió una fragata que con bandera inglesa, pedía auxilio. Ver esto y hacer tocar zafarrancho el comandante todo fué uno, y cuando el enemigo la tuvo al alcance de las bocas de sus cañones, una andanada de once fué el saludo que recibiera en pago del auxilio que iba á prestar.

Escusado es decir que ante esta acometida el pequeño Aviso español, quedó tan mal parado que no pudiendo no ya defenderse sino gobernarse, tuvo que rendirse. El buque que lo había acometido de esa manera era La Esmeralda de 22 cañones y trescientos hombres de desembarco. El buque español, era un aviso á vapor, con un cañon sobre cubierta y 125 hombres á bordo.

La noticia de este pequeño desastre fué lo que causó la muerte del almirante Pareja.

Al tener conocimiento de la felonía chilena, el español, pero de origen peruano, y antes que comparecer ante un consejo de guerra, bajó á la cámara del buque que mandaba y se pegó un tiro.

El apresamiento de la Covadonga, bien pronto la pagaron los chilenos, cayendo en buena lid, en poder de La Carmen, el Tornado, buque chileno, armado en Corso, de mayor potencia que la Covadonga, y con más tripulación.

Ya tenemos á nuestra vista á Valparaiso, la ciudad mas comercial de Chile.

A nuestra siniestra la pequeña ensenada de Con-

con, donde desembarcaron las fuerzas revolucionarias al Gobierno del Sr. Balmaceda. Cerca la Placilla, en ambas partes fué donde se libró la batalla que dió el triunfo á los congresales.

Ya estamos en plena bahía. Nuestra entrada al interior de la rada, lo hacemos por en medio de toda la escuadra chilena.

Hay 12 buques de guerra, entre cruceros acorazados, torpederas y transportes. Su venida aquí responde á hacer los honores al contra almirante Sr. Señoret. muerto recientemente.

Son las 12. De una de las baterías de tierra suena un cañonazo. Las charangas de los buques tocan á rancho, y á los pasajeros del vapor Perú los empiezan á largar con viento fresco, en direccion al muelle.

Yo me quedé en el vapor, hasta que hubieron desembarcado todos. No tenia apuro por llegar á tierra, pues el tren que debia conducirme á Santiago, salia de Valparaiso, á 5 15 p. m.

Por otra parte queria á solas evocar recuerdos del pasado.

Desde esta misma bahía, el 31 de Marzo de 1866, la escuadra española, al mando del Almirante Mendez Nuñez, bombardeó la ciudad de Valparaiso, es decir, se entretuvo todo el dia, en hacer blanco de sus cañones, á los edificios públicos chilenos.

No hubo quien contestase. Los cañones que los chilenos tenian en tierra, los habian almacenado en la Casa-mata de sus baterías. Los de sus buques, estaban á buen recaudo, entre los arrecifes del archipiélago de Chiloé.

¡Sombras de la defensa de la patria mia:

Numancia, Villa de Madrid, Almansa, Blanca, Resolución, Berenguela y Vencedora, que ese dia asististeis á un simulacro, y que el dia 2 de Mayo del mismo año, os llenabais de gloria, haciendo enmudecer los cañones del Callao, yo os saludo!

Estamos en Valparaiso. Desde la rada la impresión que se recibe es distinta á la que se tiene una vez en tierra. Desde á bordo, no se vé sinó un monton de apiñadas casas de tierra-cotta. por cerros y laderas. Ya en tierra, aquello cambia de aspecto.

Hay hermosos edificios; tanto públicos como particulares, lindos paseos y bonitas plazas.

Valparaiso, data de la época de Pedro de Valdivia quien en un documento que lleva la fecha de 3 de Setiembre de 1546—la declara puerto.

El nombre de Valparaiso se forma del vocablo *val* y de la palabra *paraiso*, que le dá la significación de *Valle del Paraiso*.

Valparaiso tiene una población que no baja de 130 mil almas.

Tiene buenos muelles, tanto fiscales como particulares.

Diques tiene dos, el dique Santiago y el Valparaiso el primero capaz de recibir buques de 4,000 toneladas y el segundo hasta de 3,000.

Los paseos públicos son pocos, pero buenos.

Posée el Malacon, en la ribera del mar, La Gran Avenida, La Plaza de la Victoria y el Parque Municipal.

El cuerpo de Bomberos, consta de 10 compañías; fué fundado el 30 de Junio de 1851 y el primero que se organizó en la República.

Hoy tiene la bahía de Valparaiso doce fuertes que la defienden, todos artillados con cañones de grueso calibre.

Posée varios monumentos, el de Wheelwihgt, creador de la navegación á vapor en el Pacífico y constructor del primer ferro-carril de Sud América, el de Caldera, á Copiapó. El de Cristóbal Colon, el de Tomás Cochrane, una pequeña columna triangular levantadas en honor de tres abnegados bomberos:—Rodriguez, Lorent y Blakwood, que perdieron la vida combatiendo un incendio.

Pero el mas notable, es el inaugurado á la marina nacional el 21 de Mayo de 1886. Este monumento

está coronado por la estatua de Arturo Prat, y en un segundo plano cuatro estatuas que representan á los oficiales de la «Esmeralda» Serrano, Riquelme, el sargento Aldea y un marinero.

Los cerros que rodean á Valparaiso, son muchos y muy variados.

La línea férrea entre Valparaiso y Santiago, recorre 187 kilómetros, y el ramal que sale de Llai-Llai, á los Andes 49.

Las estaciones entre Valparaiso y Santiago son 33, y solo dignas de mencion las siguientes: Viña del Mar, Salto, Quilpué, Limache, Quillota, La Calera, Las Vegas, Llai-Llai y Filtil.

Hay cinco túneles en la línea esta, cuatro de poca importancia; el que se encuentra entre las estaciones de Limache y San Pedro, tiene 480 metros de largo.

Entre las estaciones de Montenegro y Llai-Llai está el viaducto ó puente de Maquis, que tiene 164 metros de largo por 37 de alto.

En el trayecto de Filtil á Lampa, se divisan en la cordillera de los Andes los contrafuertes occidentales de los elevados picos del Aconcagua y Tupungato.

En Limache, hay una gran fábrica nacional de Cerveza, y sus productos son muy afamados.

Viña de Mar, es el punto mas pintoresco que tendrá toda la provincia. Es una villa veraniega, con hermosas casas de recreo y una gran fábrica de refinación de azúcar.

Llegamos á la ciudad de Santiago de Chile, que fué fundada por don Pedro de Valdivia, el 12 de Febrero de 1541, quien la denominó «Santiago de la Nueva Estremadura».

Su situación no puede ser mas pintoresca: en medio de una fértil y vasta llanura y rodeada de cerros. Casi en el centro está el cerro Santa Lucia que sirvió de baluarte á Valdivia á su llegada y que es conocido por los indios con el nombre de Huelen.

Esta tierra chilena, está como lo está la tierra Argentina, regada por doquier de sangre española.

Aventureros, por unos, conquistadores por otros,

intrépidos por los mas, lo cierto es que solo á ellos cupo la gloria de cruzar el continente Sud, por valles estériles, trasmontando elevadísimas y nevadas cumbres y cruzando desiertos de calcinadas arenas, solo comparables con los fieros desiertos del Africa.

Valdivia, despues de haber combatido en el Perú, al lado de Pizarro, en la célebre batalla de las Salinas, triunfantes de Almagro, le confia en mérito de sus servicios, la conquista de Chile.

Cruza el desierto de Atacama, y dá en los campos de Copiapó, como su antecesor Diego de Almagro, y con la espada desnuda en una mano y el estandarte de Castilla en la otra, toma posesión de aquel vasto país, á nombre del rey de España. Toda aquella gran comarca, recibió el nombre, hoy olvidado, de *Valle de la posesión*.

Desde la fundación de Santiago, hasta su muerte, vivió en continuo batallar con los indios que le cierran el paso, por todas partes, y muere en Tucapel, á manos del mismo Lautaro, denodado caudillo Araucano, el 1° de Enero de 1554.

Santiago de Chile, goza de buen clima y de abundante agua. Esto permitirá siempre que sea una de las ciudades mas fértiles y que podrá tenerse bien aseada.

El Mapocho atravieza la ciudad de Oriente à Occidente, y su caudal de agua no es despreciable.

Actualmente está canalizado una buena parte del rio, que comprende una estensión de 2.600 metros, con un ancho de 40, encerrado en muros de buen espesor y cuatro metros de alto.

Varios puentes, dan paso á toda clase de vehículos.

Santiago, tiene, en la actualidad, una población de 260 mil habitantes, la tercera parte de la población de Buenos Aires.

La casa de la Moneda—es un sério pero pobre edificio público. No es ni la sombra de la casa Rosada.

Al frente está como centinela avanzado, el estado Mayor General.

El edificio del Congreso Nacional, y Cámara de Diputados, hoy es sin disputa mejor que el argentino; pero cuando quede terminado el que se construye ahí, este quedará muy chiquito.

El Palacio de los Tribunales de Justicia, La Biblioteca Nacional, el Colegio de Agricultura, la Escuela de Artes y Oficios y la Escuela Normal son buenos edificios y que hacen honor á un pueblo culto.

La Quinta Normal, es un vastísimo campo de instrucción. Ahí se encuentran los edificios públicos Museo Nacional y Museo de Bellas Artes, el Jardín Zoológico, bastante pobre por cierto.

El Museo Nacional, es valiosísimo, y contiene curiosidades de todas partes del mundo.

La Quinta Normal, para mí, vale mas mil veces que el renombrado Parque Cousiño.

Dentro de esta Quinta, se encuentra la primera máquina á vapor Sud-Americana, la que inauguró el Ferro-Carril de Copiapó á Caldera.

La máquina dice en el frente de la Caldera.

Morris Brothers

Philadelphia

1850

En el pequeño tender dice: Copiapó

Tiene cuatro pequeñas ruedas adelante y dos grandes atrás. El miríñaque es de barras de hierro, y hoy podría servir de parrilla en algun fondin.

Mentira parece que con esos trebejos, se haya podido intentar nada bueno y solo sí perder la vida.

¿Por qué tienen esa reliquia á la intemperie, pregunté al auriga, que me conducía? Por que si la mueven se descompone, pó señor, me contestó. Y creo que estaba en lo justo.

La Cárcel, es un sólido edificio independiente de toda otra repartición, y ocupa una manzana.

El mercado central, es muy aseado y bien surtido
de todo

El Parque Cousiño es un gran parque con mucha y variada arboleda, pero sin gusto ni limpieza. En el centro tiene un gran círculo enarenado destinado exclusivamente para que las tropas de la guarnición hagan ejercicio. Un pequeño lago y un buen restaurant son los principales adornos de este bosque. Ni sus avenidas, ni su arreglo general, jamás podrá llegar á la zuela del zapato, valga la figura del Parque 3 de Febrero.

Al frente y avenida Tupper de por medio está el cuartel de artillería y el Parque militar.

Un bonito y grande edificio de torres almenadas. Ocupa más de una manzana.

En la Avenida Viel, y frente al cuartel de artillería, está la Escuela Militar. Es un modeto y sólido edificio. A la terminación de la Avenida Viel, y comunicado por un trenvía eléctrico está la maestranza General del Ejército, y Fábrica de Cartuchos. Al lado la Penitenciaría, que es una pobre prisión.

Escuso decirte que mis apuntes son *divisu*, pero á la pasada. Me he guardado bien de pretender entrar en sus cuarteles ó arsenales, por que sabía de antemano que es muy difícil la entrada.

La Plaza Mapocho, ó Plaza de Armas es una pequeña pero elegante plaza. Parece que es el lugar donde la sociedad Santiagueña, hace ostentación de lujo y de belleza. Es la mejor y más bien atendida de todas las plazas públicas que tiene Santiago. Posee buenos jardines, cuidadosamente atendidos, profusión de asientos, mucha luz, elegantes kioskos, donde todas las noches hay música por las bandas militares, y su principal acera de fino mosaico. En una palabra es un chiche, la tienen como soplada.

Ahí está el Palacio Arzobispal, La Catedral, La Municipalidad, La Intendencia de Policía, El Correo y Telégrafo, el Portal Mac-clure, los grandes hoteles de Francia y de Milan y la gran tienda Inglesa.

En esta plaza que como dejo dicho es el punto de reunión de lo más distinguido de Santiago, no he

llegado á ver ni la hermosura tan decantada ni gran lujo que equipararse pueda, no digo á Buenos Aires, ni siquiera á Tucumán.

Y no es de suponer que por ser estación de verano, hayan salido, todo lo mejor y mas florido de la sociedad, y solo hayan quedado lo de segunda fila.

La avenida de las delicias, es uno de los paseos que hace honor á Chile. Tiene 4.000 metros de largo, por 80 de ancho, con hermosa arboleda de encinas, robles, plátanos de paseo, olmos, acacias y otra diversidad de árboles.

Las aceras anchas y algunas muy buenas con piso de mosaico y asfatto en buena conservación. Hay avenidas para coches y carros, para gente á caballo y la principal la del centro para peatones, ancha, bien macadanizada y mucha sombra.

Este paseo tiene varias estátuas. La primera es un sencillo monumento levantado á los escritores de la revolución de la independencía. En el segundo cuerpo, lleva cuatro medallones, con los nombres de: Manuel Salas, Camilo Enrique, José Miguel Infante y Manuel Gandarillas.

En los ángulos del monumento en primer término las estátuas en bronce de: Fust, Coster, Schoeffer y Guttemberg, precursores de la propagación de las ideas por medio de la imprenta. Una verja de hierro circunda este monumento.

El monumento á Buenos Aires, es bueno. Una hermosa matrona, con corona ducal y circundada su sien por laureles, sobre un gran pedestal de rico mármol. El escudo argentino al frente y se lee Buenos Aires.

Tengo entendido que la chusma pretendió arrastrarla el año 81.

Viene en seguida la estátua del poeta Mackenna.

Al frente en una placa dice: *El ejercicio al cantor de sus glorias, Benjamin Vicuña Mackenna.*

Después de San Martín. Muy parecida á la que está en el Retiro, solo que la de aquí en vez de señalar con la mano hácia el campo de acción en Maipú,

lleva una bandera recojida en su diestra. El monumento dice:

SAN MARTIN

Erijida por suscripción popular é inaugurada el 17 de Abril de 1863. En los otros frentes: Chacabucu, Maipù, Lima.

Hay una de bronce, sobre pedestal de granito, es la del Capitan General Don Ramon Freire. Despues de la Carrera, en seguida la del General O' Higgins, de bronce sobre pedestal de mármol, montado en un brioso caballo y en una posición imposible. Viene despues un busto en mármol de José Miguel Infante.

Otra estátua la del Abate Molina. Y al terminar la avenida un obelisco con cuatro grandes medallones en su primer término:

Manuel Antonio Tocornal, Salvador Sanfuentes, Antonio Garcia Reyes y Diego José Benavente.

Esta avenida que es hermosa, tiene tambien sus negros lunares, que en vez de hermosearla, la afean.

Paralelo á su avenida del centro ván dos acequias que son dos pequeños tagaretes, y son los que sirven para regar las aceras del paseo.

Sobre el cauce de dichas acequias hay de trecho en trecho establecidos mingitorios, y puedes suponer que esas aguas, á todo pueden oler, menos á rosas.

Además, á todo lo largo de la avenida en los principales centros, hay establecimientos de carne y la limpieza de las avenidas no se hace con mucho esmero. Esto me hace el mismo efecto que cuando ven á un negro de camisa blanca, botin de charol y sin medias.

Hay muchas líneas de tranvias. La mayor parte de los mayores son mujeres.

Todas usan sombrero de paja en esta estación y sobre el corazon, en el rebozo que llevan como abrigo, el número correspondiente al carro, como aquí se llaman los coches.

Lleva un contador que marca los asientos vendidos, porque aquí no se dan boletos y queda á merced de la mayorala que es la encargada de tirar de un resorte cada vez que sube un pasajero.

Así pues, deben ser de mucha y acreditada honradéz.

Por lo general, son jóvenes y buenas mozas, pero se hacen respetar de todos. Y son de puños.

Iba en un tranvía, por la orilla derecha del Mapocho. Un pilluelo se empeñaba en subir al estribo del coche. En un descuido del muchacho, la chilena le echó mano al cuello y lo suspendió en el aire á toda marcha. Así el chicuelo, le dió una buena tanda de coscorrónes, y lo largó, cayendo como carga de suelas. El rotito, ni ay dijo, se levantó, sacudió el polvo á su ropa y se fué con viento fresco. ¿Se habra hecho Vd. mas mal que el chicuelo? le pregunté— *Así es pó señor, como le pegaba de guantá, me ha quedado la mano dormecida.*

La mayor parte de los tranvías, son con imperial, y el pasaje sumamente barato. Cuesta cinco centavos el viaje y hay distancias como á Belgrano ó Flores.

El servicio desde las 9 p. m. se paga doble aun asi es barato.

Los coches de plaza son la generalidad viejos Landaux con visera que resguarda al cochero de las lluvias. Este servicio es mas caro, vale un peso por hora.

Todo cochero, lleva en el pescante un pequeño cubo. Como no hay abrevaderos públicos, se ven obligados á dar agua á las bestias en los cubos.

Los changadores, llevan como distintivo una gorra, tan ridícula, que si ahí se les obligase llevar á los criollos mozos de cordel, dejarían el oficio. Una chapa numerada en la misma gorra y dice: *Porta equipaje.*

El empedrado en toda la Ciudad es de varias formas y sistemas; todos malos.

La ciudad, está alumbrada á Luz Eléctrica, gas, Para-fina. Así llaman aquí, al kerosene.

Tienen baños públicos gratis y prestan grandes servicios á las gentes pobres.

La acción policial casi no se hace sentir, pues el roto, es muy respetuoso y no pendenciero. Además, está convencido de que si falta lo apretan sin compasión.

Aquí la echan de muy puritanos en el hablar y te escriben espreso, sin x. Socabon por Tunel, Matrona por Partera, Ataudes por cajones fúnebres, Se arrienda por se alquila, hechor al criminal, Collar por Pechero, Creces por Creciente, Baratura por Baratillo y otros muchos que ya no recuerdo.

Parque de Santa Lucía. El cerro de su mismo nombre ha sido convertido en un hermosísimo paseo. A la entrada del Parque, hay una placa de bronce que dice: La Municipalidad de Santiago, á la memoria de Don Benjamín Vicuña Mackenna, fundador de este paseo, iniciado en 1872 é inaugurado en 1874.

En la primera avenida, en la entrada del parque, dos pequeños pero hermosos leones de bronce, que la codicia chilena, no respetó en Lima, despues de la victoria.

A poco andar y al enfrentar el primer puente una hermosa terraza semejando su frente un viejo castillo feudal, de torres almenadas y en la testera del frente un gran escudo español en relieve. Torres y castillos en el centro, las columnas de hércules sostenidas por leones, corona imperial, toison, atributos guerreros, cascos, tambores, cañones, bombas, balas, anclas, sables, machetes, banderas y hachas de abordaje.

Está circundada de piquillos de gas, con lo que queda alumbrado de noche. Aquello me parecia que era algo que pertenecia á España.

En la segunda y escarpada terraza, está la estatua del primer arzobispo de Chile, Manuel Vicuña y Larrain. En uno de los frentes tiene grabado un bonito soneto, que dice:

Como el perfume que la flor despide
Al nuevo pueblo su virtud alcanza.
El le mostró un cielo de esperanza
Y al abismo del mal su marcha impide.

Su gran fama la historia patria mide
Con la del héroe digno de alabanza,
Y el pueblo agradecido á su enseñanza
Su eterno honor y gloria á Dios le pide.

Pastor tierno, el rebaño conducía;
Apostol, á las almas arrastraba;
Del dolor fué consuelo y alegría.

Ejemplo, al Cristo humilde reflejaba;
Fué en la amistad, el noble amor surgia,
Santo, esplendor la caridad le daba.

A. INIGUEZ VICUÑA.

Ya en la cumbre, un viejo y carcomido cañon
es el encargado de dar las doce, haciendo todos los
días un disparo á esa hora.

Al frente tiene este cartel: *Cañon del Meri-
diano.*

En la cúspide del cerro una pequeña glorieta
que sirve de mirador y desde allí se divisa el pano-
rama mas espléndido que haya visto en mi vida.

A sus pies la Ciudad fundada por Valdivia en
el hermoso valle regado por el Mapocho y el Maipo,
y allá lejos cerros por todas partes, muchos de ellos
nevados.

A la derecha del mirador una terraza con un bo-
nito teatro de verano y un buen restaurant y á la
izquierda en una pequeña pero elegante plazoleta,
convertida en un lindo jardín la estatua de Don Pe-
dro de Valdivia. En su frente, lleva esta significativa
y honrosa inscripción:

*Don Pedro de Valdivia
Valeroso Capitan estremeño—
Primer gobernador de Chile
Que en este mismo sitio
Acampó su hueste
De ciento cincuenta conquistadores
El día 13 de Diciembre de 1540.
Dando á estas rocas el nombre de
Santa Lucia
Y formando de ellas un baluarte,
Delineó y Fundó la ciudad de
Santiago.
El 12 de Febrero de 1541.*

Valdivia, representa un hombre de 40 años. De formas hérculeas, viste de coraza con golilla al cuello, una banda insignia de mando, le cruza el pecho de izquierda á derecha; una fuerte tizona toledana en una mano y un rollo de pergamino en la otra. Usa bigote y perilla y una bien poblada cabellera.

Su casco de combate posa sobre una pequeña pilastra.

Como véis, Chile ha hecho honor al fundador de su capital, y de una manera franca y honrosa. ¿Cuándo tendrán en Buenos Aires, Mendoza y Solís la misma distinción? Ya es tiempo y quiera el cielo sea pronto, que es hidalgo y noble perdurar la memoria de quienes con su arrojo dieron tierras y con su sangre formaron razas...

Existe un buen cuerpo de bomberos, listo á toda hora y con sus aparatos dispuestos á entrar en función.

En Santiago, está prohibido el juego de la *chaya*, (carnaval) y opino que están en lo justo. Medio millón de pesos economizado por el pueblo, algunas desgracias menos que lamentar y menos trabajo á los carros encargados de la limpieza urbana. Ya véis que me voy haciendo todo un filósofo.

Los tres días de carnestolendas los he pasado sin darme cuenta de que existia semejante fiesta y he podido libremente andar por donde he que-

rido, sin ser molestado por nadie, ni siquiera por un *pila*.

Me voy de Santiago sin haber tenido el placer de ver uno solo de los cuerpos de línea que aquí están de guarnición. Deseaba ver su talla y su marcialidad en la marcha; si eran petizos ó fiatos, si usaban pera como Don Pepe del Baston, ó bigote como Don Gerónimo de las yerbas, y me he llevado buen chasco. El día 4 de Marzo son las elecciones y deben estar encerrados en los cuarteles, comiendo *guata* y frejoles.

Algunos oficiales de los distintos cuerpos he visto fuera de servicio, y me han parecido correctamente vestidos; pero con mas relumbrones que virgensita de *colla*, notándose en el corte de sus chaquetillas, pantalones y gorras, mucho del tentonismo importado por Körner.

Me olvidaba decirte que Santiago tiene veinte y cinco templos mas ó menos lujosos, donde se rinde culto al Dios de Sinai. Con esto y todo, en relación á su población, La Serena, la aventaja.

Fueron esos templos—fortalezas del ultramontanismismo intransigente—los que dieron por tierra con la administración tan liberal de Balmaceda. No fueron, no, las balas de escuadra las que triunfaron en la Placilla, sino las intrigas de confiscuario que ya venían minando al ejército legal.

Los chilenos en todo son exajerados, como patriotas son envidiables, rayan en lo sublime. Tú les hablas de su tierra, y se sienten iluminados, poseídos del deber de ser buenos chilenos. Donde ven flamear la tricolor bandera ó la solitaria estrella de oriente, allí les oyes decir: ¡«Viva Chile!»

En el vestir, el roto es por demás compadre, (cuéntale al vichino) y si es campesino, lo vés en su rico caballo, buen ginete, la cola (del caballo) cortada hasta dar con el marlo, estribos baúles, chicos y ña-

tos, unas monturas que apenas caben las acentaderas, (què suplicio sería para Don Pedrol) espuelas nazarenas de hierro muy sonadoras, cuya rodaja en su generalidad, tiene de diametro diez centímetros, y un poncho de subidos colores, que es una ridiculez, pues es tan corto que no les alcanza á tapar el *pupo*, ni resguardar el caliente-sillas.

Y para una ronca ¡cuidado que son como tigres! Puede ser que no sea más que *pura parata* y se hagan los petizos á la primera ronca de un criollo.

Son de suyo muy orgullosos, y por eso la nación fomenta el orgullo de sus hijos, y les alhaga en toda forma su amor propio.

—¿Qué plaza tan bonita es aquella?—pregunté al cochero que me conducía por la ciudad.

—Es la plaza del Roto chileno *pó* señor, me contestó.

Hice parar el coche y me bajé. Era la plaza de Yungay.

En el centro de un hermoso jardín, una gruta con un bonito surtidor de agua. La gruta de piedra toscamente labrada, y en la cúspide, la estatua en bronce de un roto chileno.

Es un criollo, descalzo, pantalon arremangado hasta cerca de la rodilla, camisa abierta en el pecho, descubierta la cabeza y manteniendo un fuerte fusil en su diestra; es un verdadero playero. Se apoya en un gran haz de trigo que sujeta una hichuna.

Al frente, la solitaria, y en la misma roca: *Chile agradecido de sus hijos, por sus virtudes cívicas y guerreras.—1888.*

Como tú comprendes, esto es lo suficiente para tener siempre vivo el amor á la patria, por que el pueblo, vé como se hace justicia y se premian sus virtudes cívicas en alguna forma. Y los gobiernos, comprendiendo esto, son los primeros en mantener de ese modo el amor á la patria comun.

Esa es la causa, de que el roto, cuando llega á echarle una copa de más, grite á voz en cuello: ¡Viva el roto chileno! (Entonces no dice: «*pó* señor»).

El chileno, es muy laborioso, capaz de hacer un guante de la caparazon de un quirquincho. Encerrado por la naturaleza entre los picachos de los Andes y el dilatado mar Pacífico, la estrecha lonja de tierra que tiene por patria lo obliga á vivir reconcentrado y la aprovecha debidamente, y allí donde haya un hilo de agua y un palmo de tierra, allí tienes al hombre revolviendo las piedras del suelo, para sembrar aunque no sea otra cosa que paja negra ó azafran de Castilla.

Debíamos abandonar Santiago al dia siguiente y me parecia un crimen no visitar el campp de Maipú, desde que estaba tan cerca.

Allí, el 5 de Abril de 1818, se habia jugado la suerte de la América, y triunfantes las fuerzas unidas de los patriotas, la cuasa realista quedó para siempre muerta.

San Martin, victorioso en Maipú, pudo con creces, resacirse de sus pérdidas en Cancha-Rayada y dejar el camino espedito hasta el Alto Perú.

Así pues, tomamos pasaje en la Estación Central á las 3.20 a. m. y á las 3.40 estábamos en la estación de Maipú; tan solo en 20 minutos de viaje.

Allí, llegamos como llovidos del cielo, sin tener ni conocidos ni rumbo fijo á donde dirijirnos.

Nuestro lema era: el que boca lleva á Roma llega, y más dispusimos seguir en dirección al pueblo.

Nuestra buena suerte, hizo que llegase á la referida estación el dignísimo ciudadano don Ramon Lira Lazo, à quien sin conocer, le manifestamos nuestro propósito y deseo de conocer el campo de batalla. Galante nos hizo subir en su coche y nos llevó á su casa, cercana del campo de la acción.

Despues de habernos desayunado nos condujo por la avenida 5 de Abril, hasta la iglesia parroquial de Nuestra Sra. del Carmen.

—Aquí, nos dijo, al término de esta Avenida, fué el punto principal del combate. Los patriotas ocupaban ese archo campo y apoyaban su izquierda en esta pequeña ondulación del terreno.

Los *Godos*, cargaron por aquella pequeña obra,

y bien pronto se generalizó la lucha por todo este campo. Como usted á de conocer la historia del héroe de su patria, (me hacía pasar por argentino) nos dijo, lo demás está bien explicado por el General Mitre, que no hace muchos años, nos visitó y recorrió todo este campo.

«Allí, continuó, en aquella quinta, es donde dicen que pelearon mucho, pues lo ocupaba el centro realista y fué el punto de mayor resistencia.

—Digame, ¿que no es la quinta de Espejo?

Si, pero hoy es de un señor Tomé.

En verdad aquella era la quinta y es sabido que allí hizo el último supremo esfuerzo el bravo y denodado Ordoñez, mientras el bravo general Osorio, y toda la caballería, tocaban emplumes adelantándose en esta habilidad al mismísimo Methuen.

Una vez rendido Ordoñez, entregó su espada y todo quedó terminado, y el poder español en estas repúblicas tan quebrantado, que no se rehizo jamás.

Se imponía nuestra vuelta y despues de agradecer al Sr. Lira Lazo, las finas atenciones que con nosotros habia tenido, dejábamos con pena aquel campo de sacrificios mútuos, sin otro emblema que pobres empolvadas rosas de multiflor, que han crecido con lozanía sin igual en aquella tierra regada con sangre de valientes, y emprendimos la marcha por el camino que conduce á la estación.

Ya era tiempo. El tren partió de Maipú á las 2.40 p. m. y á las 3 estábamos en la estación de la Alameda.

Un dia espléndido, habia coronado nuestros ardientes deseos de turistas y regresamos al hotel, contentos y satisfechos.

He terminado la tarea que voluntariamente me habia impuesto y te juro, querido Ricardo, que ha sido superior á mis fuerzas.

Pero te prometí escribir mi viaje y he cumplido.

Ahora hay que andar y desandar para volver á esa tierra querida, esa tierra inolvidable y como he de hacer mi viaje por distinto camino que el que he

traido, á mi regreso, que será en breve, conversaremos largo y tendido de los hombres y las cosas de este país que tan poco se conoce por allá.

Tuyo siempre amigo.



DE REGRESO





DE REGRESO

EN VAPOR, FERRO-CARRIL Y MULAS

EN TERRITORIO ARGENTINO

Querido Ricardo:

He terminado mi gira por territorio chileno; llegando hasta los célebres campos de Maipú, y si no he seguido más al Sud, por cierto que no ha sido por falta de deseos; otras causas más en armonía y relación directa, con mis necesidades, han hecho que no siga en viaje de observación y placer.

La salida del vapor estaba anunciada para las 6 p. m. del día 5 de Marzo. En estos casos, es sabido que nadie se duerme y á las 5 50 ya estábamos la mayor parte de los pasajeros sobre cubierta del vapor.

Además los ingleses tienen fama de ser muy puntuales, y hoy que los recientes triunfos del Transwaal, les ha hecho subir los humos á la cabeza, no debe uno exponerse á que le jueguen una mala partida dejándolo en tierra.

Así pues, fuimos de los primeros en estar al costado del vapor, antes de la hora señalada.

Una vez sobre cubierta, pudimos darnos cuenta de que la seriedad inglesa, por esta vez, quedaria muy mal parada.

Una docena de grandes lanchones, con cargamento general, se acercaban veloces á las bordas del vapor y buscaban los portalones del buque para aligerar su carga, introduciéndola en las entrañas del vapor.

Bueyes, caballos, legumbres, frutas, azúcar, vinos, géneros, pasto y cal—esperaban el turno, para penetrar en ese vientre monstruo, que se denomina bodega de un vapor.

Las 7 p. m. serian.—Nos entrabamos en el salon de lectura y despertó nuestra curiosidad una serie de disparos de cañon.—Salimos á cubierta; los motivaba la entrada á la bahía del buque de guerra norte americano *La Ardford*, y hacia la salva de ordenanza, lanzando con los cañones de sus bandas una salva de 21 cañonazos, los mismos que fueron contestados por la bateria *Esmeralda*.

Antes de partir hemos recorrido todas las dependencias del vapor, y nos hemos convencido de que el *Puno*, que nos ha de servir de mula hasta caldera, no tiene ni el andar ni la silla (que se pueden traducir en condiciones marineras) que el vapor *Perú*, que nos condujo á Valparaiso.

Pero que hacerle, ya estamos en él y no hay mas remedio que conformarse.

Nos hemos convencido de que los señores ingleses, que pretenden tener palabra de rey, y que son mas serios que un chivo, hasta lo hace única y exclusivamente, cuando á ellos les conviene alguna cosa. Por lo demás, les importa un garvanzo que otro mortal se perjudique, y es en el único caso que ellos hacen alarde de su seriedad para encastillarse en la sacramental formula: *mi no entiende*.

Y por esa cómoda tanjente, salvadora de su falta de seriedad, se escurren como angila de rio, quedando tan frescos y campechanos como Agapito en el circo.

Soy de los que creen que en alguna parte debe existir algun castigo que los escarmiente y confío tranquilo en que esto ha de suceder con el tiempo ya que nunca es tarde cuando la dicha es buena.

La media noche era por fin cuando terminó de hacer su carga el vapor *Puno* y sin decir oste ni mostedejó la bahía, de Valparaiso, y se largó mar á fuera, alumbrado por los intermitente destellos del faro que sobre la punta de los Angeles, al extremo norte de Playa Ancha, tiene el puerto.

Dejamos á Valparaiso, y la dejamos con verdadero pesar.

Cuando se conoce algo bueno y que de verdad agrada el abandonarlo causa tristeza, tanto mas honda como caras hayan sido las afecciones contraidas.

Corta ha sido nuestra estadia, pero el recuerdo de esos pocos dias de descanso, en una ciudad donde la vida es confortable, bajo una temperatura primaveral, con excelentes baños de mar, buena mesa y buen trato social perdura en el espíritu con fijesa indelible.

A esa hora, la ciudad y su inmensa bahía, presentan algo de fantástico.

A la luz que despiden los reflectores de los buques de guerra, las verdes aguas toman un tinte aterciopelado, recamado de plata, y las negras sombras de la movible población flotante, adquiriendo proporciones misteriosas, aterradoras.

Ya no brillan los bronces de los grandes cañones de la flota chilena. Al toque de oración han sido cubiertos con la tupida camisa de dormir y esperan tranquilos la venida del nuevo día para lucir sus bocas negras y amenazarle tan pronto como aparezca sobre el palo de mesana, la tricolor bandera.

La ciudad, recostada toda ella sobre los muchos ceraos que la rodean, las luces de sus viviendas, se-
mejan algo asi como una inmensa bandada de fujitivos *tucos*, que rendidos, descansan para seguir viaje trepando por las empinadas cuestras de *Ramaditas*,

Pajonal, La Merced, Las Mariposas, Bella-Vista, Yungay y otras.

Lejos ya del puerto, esas mismas luces, que no se pierden de vista desde la cubierta del vapor, parecen los pálidos destellos de la vía lactea, y hasta creíamos ver en perfecto orden los cruceros y nebulosos del Sud.

Por fin, pasamos la punta de Concon, y perdí-mos de vista á Valparaiso.

A dormir, que con el atraso que ha sufrido el vapor en su salida, ya tenemos para largo rato hasta llegar á nuestro destino.

El día 6, debíamos haber estado en Coquimbo á las 11 a. m. Eran las 4 p. m. y recién pasábamos por la punta de Tongoy, enfrentábamos á Guayacan, á las 4.50 y á las 5.20 entrábamos en la bahía de Coquimbo.

Nuevo surtido de lanchas y lanchones que atracan al costado del vapor, los unos en busca de pasajeros, los otros con las mercaderías que exportan para los pueblos de toda la costa norte.

Es inútil, no hay que pensar en que se desocupen pronto. Los señores *misters*, han convertido al *Puno* en mercado flotante, hay que esperar resignados á que se larguen cuando les dé gusto y gana: son como los *caraguais*, que muerden al cristiano, solo sueltan cuando truena.

Los 2 de la madrugada, es la hora que termina de hacer su carga el vapor y sale mar afuera, huyendo de una pequeña niebla que pretende traidora encubrir el horizonte.

Ya en marcha, las pocas horas que le quedan de tinieblas ha querido aprovecharlas y para eso ha forzado un poco la máquina y con esto lo que ha conseguido es desocupar á muchos estómagos delicados, y á los buenos que casi, han estirados, recibiendo mas golpes que un bombo en días de carnaval, por esas tierras.

Son las 7 a. m. y tenemos á soto-vento, un poco al norte de la isla de Chañaral.

A las 8 pasamos por frente de ella, y aun nos quedan cuatro horas de camino para llegar á Huasco.

Estamos frescos. Nosotros creíamos haber llegado á Caldera á medio día y seguir viaje á Coquimbo, y tenemos que perder un día por hacer honor á la seriedad inglesa.

Las 12 m. ya entramos en la abrigada bahía de Huasco. El capitán nos dice que el vapor, no dejará el puerto hasta las 6, y que el que quiera bajar á tierra puede hacerlo volviendo á esa hora.

Arreglamos con un botero pasaje de ida y vuelta por dos *chauchas*, y nos fuimos á tierra por conocer aquello.

Huasco, como la mayor parte de todas las caletas de la costa son miserables aldeas que no tienen vida comercial. En diez minutos, habíamos recorrido todo lo que de importancia tiene, y en vez de permanecer en aquellos arenales, preferimos volver al vapor, el cual toda la tarde se ha ocupado en cargar y descargar y recién á las 9 p. m. leva anclas y se pone en movimiento.

De todos modos para nosotros ya es lo mismo. Tenemos perdido el día y lo mismo nos dá que lleguemos á Caldera á las 5 a. m. que á las 12, pues el tren que ha de conducirnos á Copiapó, no sale de la estación de Caldera, sino á la 1 p. m.

La noche se ha pasado mejor. La mar menos ajitada, y como el vapor tiene tiempo de sobra para recorrer las 90 millas que le quedan de Huasco á Caldera, no tiene por que apurarse ni forsar su máquina, y el balanceo con esto ha sido menor.

A las 4 a. m. tenemos á la vista el Morro, á las 6 50 pasamos el faro, y á las 6, despues de haber gritado el encargado de la sonda: *siete brazas*, la pesada ancla ha caído con estrépito al fondo de la bahía, frente del sumerjido casco del Blanco Encalada.

A tierra, que ya cansa esta vida estrecha de la cubierta de un mal vapor.

Y en diez minutos estábamos en la estación del ferro-carril.

Hay que esperar; esta es otra mortificación, por que no hay nada que ver.

Las horas que nos quedaban en Caldera, las invertimos en desayunarnos y visitar el pequeño cementerio.

En una playa tan estéril, donde las tierras no es más que un conglomerado de conchillas, han hecho mucho con formar un hermoso jardín, en la mansión de los que fueron.

Al tren y en marcha.

Nada tenemos que observar de nuevo, y solo sacamos la cabeza por la ventanilla del coche, cuando mi compañero me dice:

— *Ya te llegas Copiapó.*

En la estación nos esperaban nuestros arrieros, les dimos orden de seguir al día siguiente hasta San Antonio, límite al Sud, de la línea del ferro-carril de Copiapó, y esperarnos allí hasta que nosotros hiciésemos nuestros últimos aprestos para seguir viaje á la Argentina.

Tres días, tuvimos que permanecer en Copiapó y hechos ya nuestros preparativos, visitamos el Museo Mineralógico y el Cementerio.

El primero, encierra una colección riquísima de mas de 4,000 muestras de minerales. El segundo, dá pena el recorrerlo. Aquello es atroz.

Y parece mentira, que por una ciudad que han pasado tantos cientos de millones de pesos, no hayan quedado algunos cientos de miles, para dedicarlos á que los muertos tengan algo decente donde descansar.

Cuando uno se encuentra en el Campo Santo de Montevideo, se siente la tentacion de morir para ser enterrado entre flores. Aquí, en el Cementerio de Copiapó, se tiembla ante la idea de morir y ser enterrado en ese muladar.

¡Y qué cosas se ven! Al frente, en una simulada Capilla, entre un arco de medio punto, esta quintilla:

- « Esta es la mansión de luto,
- « A dó el débil como el fuerte
- « Corrido el plazo absoluto,
- « Llega á pagar tributo
- « A lo inexorable muerte.»

1848

Esta quintilla, que tal vez por ser escrita allá cuando el tercero de los Napoleones, pegaba el gran zarpazo á las libertades en Francia, dejaron en mi pobre apreciación, cojo el cuarto verso.

Y dije para mí: «Que mal se aviene esto con lo que tiene la portada del pequeño de Caldera, que dice:

- «Hasta aquí la mentira y el engaño.
- «Dentro de aquí, la verdad y desengaño.»

Penetramos. Su interior es un monton de tumbas pobres, y sin orden.

No hay una sola flor, aquello es un páramo solo comparado con las solitarias tumbas de la cordillera.

En la principal avenida, á nuestra derecha, un pequeño y pobre monumento leemos:

- « Al Dios que premia tu celo
- « Y tus afanes prolijos,
- « Hoy, que moras en el cielo,
- « Ruega por tus tristes hijos
- « Y tu esposa sin consuelo.»

Pedro Serazzi.

1881

Y dije: «Es de suponer que el nombre, que aparece al pié, no sea la firma del autor, y si el nombre del que *mora*, en el cielo. Y si este buen señor, no dejó escrita la quintilla, tiene que haber sido *mingada*, pues ni los tristes hijos, ni la desconsolada esposa, por lo que se vé, estarian para versos.»

Y pregunté: será este algun cementerio de decañentes? ¡Adelante! En un pequeño sarcófago, este:

«Non te fidar di mi
«S' el cuore manca.»
Petrucci

1860.

¡Carnestolendas! ¿Y á que viene esto?
Hicimos el sacrificio de seguir por otra senda.
Una pequena columna truncada, sobre basamento de cal y ladrillo. Antes de dar principio al zócalo base de la columna, en letra gótica esto, algo dantesco:

«Guarda é passa»

Betarini

1871

—Que pase el pilal dije para mis adentros, y salí de aquel laberinto de tumbas, que la que no está en el suelo, está inclinada como la torre de Pissa.

Desde Copiapó á San Antonio hay cinco horas de viaje. En su trayecto existen 15 estaciones y solo tiene un recorrido de 70 kilómetros, pero todos son centros mineros y en cada uno de ellos se puede echar una buena siesta.

Las únicas de alguna importancia como población son, Tierra Amarilla, Nantoco y Lleso, cuyo minerales bien explotados dan vida á una buena población.

De la estación Pabellón, se desprende un ramal al sud oeste, que vá hasta el famoso mineral de Chacarcillo.

Ya estamos en San Antonio, término de la línea del ferro-carril.

Desde que sale de Copiapó, se entra en la quebrada que tiene la forma de un gran botrino, representando la estación central la boca de entrada, y siguiendo la quebrada arriba las 15 estaciones, por otros tantos aros que ván estrechando la malla hasta que se llega á su terminación.

San Antonio es una pequena aldea de 800 habitantes, en su mayor parte argentinos.

Su proximidad á Tinogasta, y paso preciso para los que conducen hacienda de Catamarca y San Juan,

hace que tenga su regular movimiento comercial en relación con su escasa población.

Allí, mi amigo, hay que dejar las de bailar y calzar las nazarenas, pues el nevado de los Andes está diciendo, que ya basta de ferro-carril.

Así pues, hasta las mulas requieren, no solo descanso, sino una revisión completa y un exámen detenido de cual es la que tiene los zapatos rotos, para comprarle otras nuevos.

Hemos empleado dos días en estos aprestos y emprendida la marcha, deseosos de poner término y tierra de por medio y llegar á territorio argentino.

Desde San Antonio á las puntas de los ríos Jorquera, Pulido y Manfías, no hay mas que seis leguas. La población rural, muy deseminada. Solo existen tres haciendas de alguna importancia y un viejo ingenio. El Lántaro, que ha dado medio millon de pérdida en poco tiempo.

En las juntas está la Casilla del resguardo Chileno, comunicada con San Antonio y Copiapó por teléfono.

Esta oficina ha dado el año 1899, 40,000 pesos al fisco, y este año dará mucho más, pues los derechos al ganado en pié son excesivos.

Pasamos la noche en la finca ó hacienda, como aquí dicen, del señor don Pedro Neira.—Es una hermosa hacienda bien administrada y de mucho porvenir.

En esta finca, todo está regimentado, hasta la ración que de diario se les dá á los perros.

He dicho ración, y has de suponer que sea de carne. Nada de eso; la carne aquí es artículo de lujo, pues vale el kilo un peso y no son muchos los mortales afortunados que la comen—La ración que les dan á los perros es de frejolos (porotos) hervidos en agua algo á la lijera, y por consecuencia, medio *caucas*. de ahí que la vecindad de los canes es sumamente peligrosa, pues todos son músicos á primera vista. Toda la noche la pasé con mi rebenque en cuarta espantando los perros tratando de librarme de un solfeo infer

nal «Caramba, que te hiedes!» clamaba á cada instante mi compañero.

A la mañana siguiente dejamos la casa del Sr. Neira, y la orquesta de música de viento y emprendimos nuestro viaje por la quebrada, remontando el curso del río Jorquera. Esa noche hicimos nuestro real en la finca que lleva el nombre de este mismo río.

Al otro día siempre río arriba, fuimos á dar con una pequeña vega á orillas del Jorquera, denominada Ternero Negro.

Allí ya se conoce que nos acercamos á la Cordillera, hay necesidad de parar carpa y recurrir al surtido de ponchos, pues las noches se ponen por demas frias; cuando el sol de nuevo día calentó nuestras costillas, emprendimos la marcha, y despues de haber dejado á nuestras espaldas las juntas de Cachitos y Guardia Nueva, desde donde se separa el camino que debíamos seguir y el que á la derecha vá á Jachal en la provincia de San Juan, dimos con el pié de la Cordillera, ó sea el portezuelo internacional de Pircas Negras.

Hemos pasado cuatro días mortales desde que salimos de San Antonio, por la carencia absoluta de agua potable. El río Jorquera, que lo hemos remontado casi hasta sus nacimientos, ha sido para nosotros el verdadero suplicio de Tántalo.

Con un buen caudal de agua en su cauce lo cruzamos lo menos trescientas veces, y hemos dormido cuatro noches en sus verdes márgenes arrullados por el suave rumor de su torrente sin poder satisfacer los ardientes deseos de apagar nuestra sed, pues sus aguas corren en todo su curso en terrenos salitrosos y borateros, y son para el que no está acostumbrado á ellos, verdaderos purgantes.

Estamos pues, al pié de la Cordillera, y muy cerca ya de territorio argentino.

Aunque las altas y nevadas cumbres que á nuestro frente tenemos nos indican la proximidad del paso, ó boquete internacional, el viento de estas regiones se ha encargado de hacernos comprender que ni all-

se llega en mangas de camisa, ni se atropella el paso á cuerpo gentil.

A parar carpa. Desde que dormimos en San Buena Ventura, no habiamos tenido ocasion de hacer uso de nuestra pequeña tienda de campaña, hasta la noche anterior; unas veces como en San Francisco y Rio Lamas, por que sus cuevas nos proporcionaron abrigo, otras por que ya dentro la quebrada de Paipote lo mismo que Jorquera, la temperatura era mas bien primaveral y preferiamos dormir al aire libre que entre paños de tupida lona.

Pero aqui ya es otro cantar. Los cerros vecinos, mandan un airecillo, que hacen poner la carne granulada como la carne de gallina.

Bien la hubimos de necesitar. Asi la luna se dejó ver por encima de los altos picos de un cerro vecino de nuestro valle, cesó el viento y la temperatura cada vez se hizo mas insoportable. A las 2 de la mañana, el termómetro marcaba 4 grados bajo cero, y aunque nuestras calchas, eran bastantes para hacer peso y calor, antes de las 4 nos echamos al suelo y recurrimos al cuerno que nos proporcionó un buen caudal de brasas, con lo que pudimos entrar en calor.

Esa mañana fué necesario que esperásemos la salida del sol, y que calentase un poco la pequeña vega donde nos encontrábamos acampados, para ponernos en marcha, es preciso que á las mulas de carga se les caliente el lomo por que de lo contrario no podrian seguir viaje.

Y asi se hizo.

Costumbre inveterada que ya se *ha hecho carne* en la vida de tierra adentro.

A las 8 a. m. nos pusimos en marcha.

Trepamos una larga cuesta, descendiendo á un pequeño, valle, y al remontar nuevamente su elevada cumbre, nos dimos con uuo de los hitos internacionales, un poco al norte del portezuelo internacional de Pircas Negras.

Eran las 12 m. Ya estamos pues en territorio argentino.

Tan feliz acontecimiento para nosotros, era necesario festejarlo de algun modo, y echamos pié á tierra. Y allí, del lado de la Argentina, sentados sobre unas duras piedras, hicimos nuestro pequeño lunch, en honor de haber pisado tierra querida, patria de nuestros hijos.

El hito es un trípode de hierro como de tres metros de alto, estando su base fuertemente enterrada y aprisionada por piedras. En su cúspide, una plancha sujeta por tornillos.

En la parte que mira al Occidente, en grandes letras de relieve *Chile* en la parte Oriental *Argentina*. en el centro de la columna, en una de las planchuelas, la marca de fábrica, Rufino Varela (hijo) Ingeniero constructor, Bueno Aires.

En marcha, pues no hay mucho tiempo que perder.

Estamos en plena Cordillera y á 4.200 metros sobre el nivel del mar y á mediados del mes de Marzo, y aunque la tarde se presenta bonancible, hay que poner mucha tierra de por medio para salvar el mal paso.

Son las 3 p. m. y nos encontramos en una antiplanicie conocida hoy por el Campo de los Helados.

A la izquierda del camino, como á unos quince metros, están quince cruces de madera y otros tantos pequeños montones de piedra suelta que indican el triste fin que tuvo el año pasado un honrado comerciante de Tinogasta, que imprudente, en pleno temporal, se lanzó desde Pircas Negras, y sucumbió con sus peones en el desierto, sin haber podido llegar ni al Sanjón, una cañada en plena Cordillera, con agua y algun abrigo, ni á la primera Casuca de piedra, que para refugio de pasajeros tiene construida el gobierno Nacional Argentino de trecho en trecho hasta terminar el mal paso.

Estas casucas están bien distribuidas.

Son cinco. Su construcción es sólida, su arquitectura, tiene algo de las pagodas indias y mucho de los nidos de ornilleros.

Con todo, los servicios que prestan son inmensos; y es de estrañar como el gobierno argentino no se preocupa y hace un número igual, por el paso de San Francisco, hoy que está fuera de discusión de que la línea argentina, si no pasa por la Loma de los chilenos, el occidente de la La Laguna de Maricunga, será por lo menos por el Rio de Lamas.

Dejamos atrás el pequeño rio Salado, que corre con dirección al poniente y una pequeña laguna boratera, y damos con nuestros cuerpos en Barrancas Blancas, cerca de la segunda *Casa refugio*.

Acampamos en una pequeña vega, á orillas del rio de Barrancas Blancas, y mucho nos sorprendió no ir á guarecernos á la «Casa horno», cuando tan cerca la teníamos, y siempre hubiera sido mas abrigada que la carpa.

La curiosidad me movió á preguntar al arriero, el por qué de la ubicación y bien pronto me sacó de la duda, diciéndome. «En esa casa murió helado y apunado un *gringo* de Tinogasta, y aunque la familia llevó sus restos, desde entonces no hay arriero que duerma allí, pues aseguran que se oyen los quejidos del *nación*, y ni de día pasan por la casuca, sin santiguarse con religioso respeto.»

Esa noche en plena Cordillera, á orillas del rio, cobijados por nuestra carpa, se hicieron insoportables los hielos hasta la venida del dia.

Como á las 2 a. m. me desperté, y no sintiendo el ruido del torrente de nuestro vecino arroyo, me dije; «ó nos han cambiado de ubicación, ó el rio á variado de curso.»

Ni lo uno ni lo otro. Nuestra carpa, estaba bien amarrada y el rio en el mismo sitio, pero silencioso amado, muerto. Una botella que con agua habia dejado á la cabecera de mi cama, me aclaró el misterio: estaba el agua conjelada y hacia esfuerzos por romper las paredes en que estaba aprisionada, en virtud del aumento de volúmen, al solidificar.

Así pues, el rio, antes tan murmurador, estaba

ahora callado, habiendo formado una masa comun sus aguas con los cantos rodados de su lecho. Miramos nuestro termómetro, 8 grados bajo cero.

Con razon mi amigo Lopez, me decia: *Flojo te estás esta noche para el frio.*

Hubo que dejar la cama recurrir al fuego, hasta que el nuevo dia se encargó con la capa de los pobres de volver animación á nuestros entumidos miembros.

Aun nos queda una jornada de Cordillera. El arriero ha dicho, «¡á marchar!» y nadie contradice sus órdenes.

El paisaje no varía.

Siempre los mismos nevados cerros á los flancos, siempre la abierta y solitaria altiplanicie de la Cordillera en el centro, continuo el soplar del viento huracanado, y frio como la nieve de sus gargantas.

Hemos dejado atras, Burritos Muertos, El Veladero, La Laguna Brava, y quedándonos como centinela de nuestra marcha, El Bonete, damos como término de nuestro dia en mulas muertas, última *Casa Refugio.*

Por esta vez, de nada le he servido al arriero, decir que allí habian muerto no se que tantas mulas; echamos pié á tierra y nos posesionamos de la *Casa Nacional.*

Bien hicimos, pues esa noche la hubieramos pasados muy mal sino hubiese sido por ese gran recurso como abrigo, que hizo que relativamente lo pasasemos bien.

Al dia siguiente dejamos la Cordillera propiamente dicho, pasando por la Laguna de las Parinas, La Estanzuela, y Rio del Loro; dimos en el campamento del Rio de Jagüer.

Hicimos noche allí, teniendo á nuestro frente el nevado cerro El Bonete, y como es preciso que en todo viaje, haya algun contratiempo, á la mañana siguiente todas nuestras mulas habian desaparecido del pasteadero donde se las habian acomodado.

Este contratiempo nos hizo perder la mitad del

dia, pero llegadas las mulas salimos y fuimos á dormir á Las Coloradas.

Las Coloradas se denomina á unas grandes piedras dentro de la quebrada que nos ha de conducir á Tinogasta, y bien pudieron haberle puësto como nombre de pila, Las Condenadas, por lo frio de ese paraje.

Dejamos Las Coloradas, y fuimos á dormir á Ciénega Grande, pasando por El Ingles Muerto, Puesto Viejo y Tambería.

El Ingles Muerto está cerca de la fria quebrada de Las Coloradas.

A la orilla derecha del camino hay tres cruces. Una de ellas es de grandes dimensiones, las otras dos, tan pequeñas que se confunde sus brazos con las piedras de las pircas.

Recuerdan tres víctimas de la famosa Cordillera.

La Cruz grande en sus fuertes brazos lleva escrito esto: «Horacio Vebber, Capitan de Artillería, 10 de Mayo de 1869. «Las cruces chicas nada dicen, pero son las de dos abnegados servidores: un negro y un criollo catamarqueño que lo acompañaban y que sucumbieron junto con él.

En esta época es peligroso ese paso, pues aquel paraje se lo puedé tener como el principio de la Cordillera. El valeroso Capitan se aventuró, y sucumbió junto con sus fieles acompañantes.

Hemos hecho alto en Ciénega Grande y notamos que debemos estar cerca del pais de las uvas y las pasas. La temperatura es ya primaveral y las moscas, que hasta aquí han brillado por su ausencia, nos cargan, como si quisiesen desquitarse de su obligada inacción.

En cambio nos hemos arremangado, y le hemos hecho un gran boquete á una *chigua* que con ricas uvas tenia la encargada del rebaño. Que vaya lo uno por lo otro.

A la mañana siguiente seguimos el rio de la troya abajo y damos con Ciénega Redonda, resguardo fiscal para toda procedencia de Chile, por ese boquete.

El Resguardo. Estamos en la Ciénega Redonda,

y por consiguiente en la casa aduana. Es una verdadera vergüenza. No hay una demostración exterior que indique de que aquello pueda ser una oficina pública. Ni entre los cafres, se encontrará otra igual.

Es un rancho de aclimatación de vinchucas. He podido comprobar la existencia de cinco variedades y todas á cual más bravas. «Hombre, hombre, que te las picas!» gruñía mi compañero á cada rato.

Por allí pasa el que quiere sin hacerse ver. El que llega á la Casilla Resguardo, es por que nada lleva que esté sujeto á pagar derechos fiscales, pues el que vá con contrabando, aunque este no consista más que en un cajon de carabanchel ó *pisco*, lo pasa siguiendo el curso del rio de la troya, sin temor de ninguna especie.

Los empleados que son dos, viven muy entretenidos, el uno, espulga al perro, y el otro, peina al gato. Les hace falta un loro para que siquiera se ocupen en enseñarles á hablar.

Son tres los puntos ó banquetes, que se guardan dentro de la provincia de Catamarca: San Francisco, Ciénega Redonda y Saujil, y si el tercero que no conozco es igual á los otros dos, más vijila un ciego paralítico ó sordo que esos encargados de resguardo.

El de San Francisco, es un desierto y la oficina es de suponer sea la Cueva por allí, con carácter de empleado público.

Esto comparado con los resguardos de Chile, dá una triste idea de como se administran las rentas en este país.

Aquellos son resguardos de verdad. Buenas oficinas, empleados correctos que llevan todo con religiosa proligidad, aunque no sea otra cosa, que lo concerniente á la estadística.

Te aseguro que salí con el corazón apenado, al ver aquello como representación de un país que tanto amo.

Dejamos la Ciénega Redonda, y siguiendo el curso del rio, entramos de lleno en la célebre quebrada de la troya.

A su terminación, unos viejos y destruidos ba-

luartes, nos indican que hemos penetrado en el ancho valle de Abaucan, dominio en otros remotos tiempos de los indígenas Andalguas, absolutos del *Wuatungasta* de la leyeuda.

Desde los viejos terreones se divisan los góticos campanarios de la iglesia de Andacoya, y un poco más al sur, el Puesto, un pequeño villorrio á orillas del rio de Tinogasta.

El Puesto es un pueblo sin importancia comercial ni agrícola. Dos docenas de casas, cuyos vecinos se ocupan en preparar los obres para la fabricación de sus *vinagrillos*, y en adiestrar gallos para la próxima estación de invierno.

Allá un poco al Oeste, el viejo nevado de Famatina, como si fuese un legendario centinela de las dos provincias hermanas.

Despues Chanampa, unos pequeños fundos que como el del cuento de mi amigo Ernesto Mendez, tampoco tenían vino.

En seguida, Tinogasta, capital del departamento.

Todas estas poblaciones catamarqueñas se distinguen por su amor al trabajo, pero desgraciadamente tienen que luchar con la escasés de agua. Ubicadas en los centros de hermosos y dilatados valles, solo hacen producir aquellas arenas donde han conseguido llevar un chorro de agua, y como esta es por lo general poca, el terreno dedicado á las labranzas es reducido y lo demàs queda estéril, sin dar de sí otra cosa que elementos que barren las Zondas, que periódicamente asolan estas comarcas.

Tinogasta tiene buenas casas de comercio y su proximidad al paso para ir á Chile, hace que su movimiento comercial sea regular.

En el hotel del Sr. Pettrini (un milanés petizo, calvo y de pera) donde paramos, nos llamó la atención al entrar al comedor una cuarteta escrita con lápiz, en una de las paredes del salon. Decia:

«El que vaya á Copiapó,
«Y quisiera tener fiebre,

«Que compre en lo de Garcia,
«Que vende, gato por liebre.»

Un dolorido.

—¡Ola, Olá, ¿y qué significa esto? preguntamos al dueño de la fonda.

—Esto es el desahogo ó venganza de un pasajero que hace pocos días llegó de Chile y dice ha sido explotado por ese señor en Copiapó.

¡Olé ya! por la gente de verdad! También nosotros fuimos engañados por ese buen señor, comprándole vino jerez y nos vendió arropo; así, pues, nos adherimos á la cuarteta.

Dejamos á Tinogasta el día 25 bajo un sol abrazador. Esto ya prueba que hemos dejado las altas cumbres y que nos encontramos en pleno valle catarqueño.

La transición es brusca y es por eso que sentimos mas los rigores de Febo.

Pasamos á la finca del Señor D. Ramon Tula donde hicimos noche. Su franca hospitalidad y las distinguidas atenciones de su jóven esposa, fueron un lenitivo á nuestras fatigas.

A la mañana siguiente, en marcha para Belen. Nos dirijimos al naciente por un campo abierto y estéril, para entrar en una abierta y dilatada quebrada, lecho de un rio seco y pedregoso, hasta que estuvimos al pié de una de las cumbres que al naciente nos cerraban el paso.

A sucir, pues la tarea es larga.

—¿Y qué quebrada es esta?

—La quebrada de Zapata, nos contestó el arriero. Andando, y dimos comienzo á la subida.

Aquello, mi amigo, es atroz, no hay camino ni cosa que se le parezca, es una angostura larga y tortuosa, un hacinamiento de piedras enormes que por todas partes cierran el paso, produciendo á cada momento cataratas de mulas y petacas, torrente de imprecaciones de viajeros, ruidos como truenos de estribos baules y espuelas y uno que otro quejido dolo-

roso, que arrancan los cardenales que se forman en las pantorrillas de los ginetes.

Estamos en la cumbre y damos gracias al Dios de las montañas, al *Yastay*, al verno con vida.

El descenso, por fortuna, se hace en mejores condiciones y llegamos magullados y deshechos á la Ciénega, donde hicimos noche.

A la mañana siguiente á Belén.

Pasamos por la renombrada Londres, una población de 1,600 habitantes dejados de la mano de Dios y de las lejanas autoridades catamarqueñas.

Es una gran picardia lo que sucede con esta población. De Tinogasta vá la línea telegráfica á Belén, y pasando por Londres los hilos, no han conseguido los *londreños* que les pongan una miserable oficina. Esto, es como hacerles *muna-muna*. En cambio la tiene el desierto, esto es, la Cuesta del Médano, donde no se despacha un telégrama por mes, y el jóven telegrafista, encargado de la oficina se muere de nostalgia y de *usapucas*.

Vecino yo de Londres, juro por las enroscadas barbas de Moises y por el baston torcido de D. Pepe, que solo en composturas de la línea habria de gastar más el gobierno nacional que lo que pudiera costarle el sostenimiento de una oficina, pues no podria ver con tranquilidad el paso de hilos conductores de un progreso, sin hacer de diario alguna barrabasada.

En Londres se permiten el lujo de tener dos plazas públicas, que se denominan la de arriba y la de abajo, y sea esto motivo para que sus vecinos vivan eternamente como Guelfos y Gibelinos; pero siempre, como en todas partes del mundo, con ventaja para los de «arriba».

Sus capillas están siempre muy concurridas y las imájenes quedan de tiempo en tiempo transformadas por los retoques voluntarios que le hacen las vinchucas, moscas y murciélagos, hasta el extremo de quedar desconocidos los santos para sus devotos. He visto una vieja implorando á San José, en la creencia de que lo hacia á la Virgen.

Ya estamos en Belen, Capital del Departamento, célebre por sus tortas, de las que llevo dos cajones para repartir entre los amigos.

Belen fué en un tiempo emporio de riqueza. El trabajo, fuente de toda fortuna, no escaseaba y la mujer belenista, era la que dába la nota más alta en cuestión de faenas y trajines.

Ellas son muy diestras en hilar y tejer, lo que hacen de una manera admirable, y como no escaseaban fuertes capitales dedicados á la compra de lanas, el trabajo era mucho y el dinero no faltaba.

Hoy, nadie hace especulaciones en tejidos y la gente pobre se muere de hambre, por falta de trabajo y el comercio languidece hasta llegar á la desesperación. En una palabra, hoy ya no se *lanca*, y como decia D. Navor Córdoba, el mercado de pasas está abatido.

Por otra parte, los turcos, esa plaga social, han invadido el departamento y tienen acaparado el poco negocio al menudeo y la compra de frutos, y con esto desesperados á comerciantes honestos y humildes trabajadores.

Me imagino que con esta gentuza, considerada aquí como la langosta, el mejor dia van á hacer algun desaguizado, esto, si no es un guiso.

Hemos dejado á Belen, y no sin pesar. Despues de muchos dias de continuas fatigas, dimos en la casa del honrado vecino D. Luis A. Franco. Y á qué negarlo, se siente dejar lo bueno!

Sin embargo, era preciso partir y en la tarde del dia 28 abandonábamos esa apartada población de la que tan buenos recuerdos llevábamos.

La cruzada de Belen al Fuerte de Andalgalá es ruda, por eso á todo el que tiene que hacerla lo preocupa el modo de efectuarla.

Son veinte leguas nacionales por malos caminos, que se traducen en médanos y terrenos pedregosos, sin agua ni pasto para las bestias de carga.

Por eso preferimos pasar la travesía de noche, y á la mañana siguiente, despues de haber dejado á nuestra espalda La Puntilla, La Punta, La Carpinte-

ria, Jaci-Pozo, Pampas del Macho Bartolo, La Cuesta, Chañar-Yaco, Quebrada del Curá, y Huasancito, dimos con el Fuerte de Andalgalá.

Andalgalá, es una población que, como todas las de esta provincia, muere de anemia.

Ya estamos á las puertas de Tucumán. Desde esta Villa, cabeza del departamento, se divisan las altas y nevadas cumbres del Anconquiya. Con los ojos del alma vemos las torres de los templos de nuestra querida ciudad. Dentro de breves días estaremos en la comercial Villa de la Concepción y despues de algunas horas de descanso en la ciudad de Mate de Lina, el Tucumán de la leyenda incásica. Con ello, habremos terminado nuestra gira á la vecina república de Chile, á través de la famosa cordillera y satisfecho un deseo de mucho tiempo, para proporcionar un descanso á nuestro cuerpo y espíritu, que bien lo han menester.

El 1° de Abril dejábamos el Fuerte, la ciudad fundada por D. Francisco de Nieva y Castillo, conocido en la historia por «El rayo de guerra».

La mañana era hermosa. El sol asomaba por los balcones de escarcha de nuestro Anconquiya, y allá, lejos, tambien muy lejos, el Famatina hacia el saludo de ordenanza al astro rey.

El dilatado desierto que á nuestro frente tenemos, parece un inmenso mar dormido y los altos cerros que lo circundan, grandes navíos de guerra y cabotaje, que anclados, solo esperan la voz de sus respectivos capitanes para levar anclas, y largarse mar á fuera, unos, en busca de glorias, otros, en procura de provecho.

Hemos entrado en plena quebrada de Villa-vil. El camino no puede ser mejor. Desde su primera mesada se distingue un panorama espléndido. Las Banda, El Fuerte, con sus hermosas arboledas; á la derecha el establecimiento «El Colegio» famoso por sus buenos viños; Hussan, valiosa propiedad de los hermanos Bleney, luego Chaquíajo, despues Choya, y á nuestro frente la famosa quebrada de Hamanao.

Cierra el cuadro el grandioso cerro «El Manchao» contrafuerte del Ambato, y las decoran nieves del Anconquiya y el Famatina.

Estamos en el Pantanillo, hemos dejado atrás El Carrisal, El Churqui, La Horquesta á Rancho, La Cuesta-Colorada y Cara Punco.

A la mañana siguiente, y en pos de una fuerte niebla pasamos El Calabozo, Anconquiya, El Suncho, Los Alisos y Las Cuchillas.

En este último punto hemos tenido que hacer noche, pues la lluvia nos ha cerrado el paso y no es posible largarse por desfiladeros, á oscuras.

A la mañana siguiente en marcha y á subir la célebre cuesta de las Cañas.

Después á pasar el río del mismo nombre 36 veces, y muchos de sus pasos á nado.

Estaba muy reciente para mí el paso por la quebrada de Zapata, y creía que no podía haber como camino otra cosa peor, pero la Cuesta y Quebrada de las Cañas, casi, casi, me han hecho reconciliar con aquellos precipicios. Ahora creo que si estos no son hermanos de aquellos, por lo menos son parientes muy cercanos.

Hemos terminado con la temible quebrada. Ya estamos en Alpachire.

Desde aquí, el camino es llano y sin otro tropiezo que uno que otro barrial.

Por fin son las 6 p. m. y damos con nuestros cuerpos en la comercial Villa de la Concepción. Aquí tenemos que hacer un pequeño descanso obligado. Los arrieros no han podido seguir nuestra marcha dentro de la quebrada y quien sabe lo que puede haberles sucedido.

Por fin llegan al siguiente. Hemos acomodado todos nuestros pertrechos de viaje en las petacas y las hemos dejado en la estación del ferrocarril—Mañana tomaremos pasaje á primera hora y á las 10 p. m. estaré en esa gran ciudad, contento y con el más ardiente deseo de darte un cariñoso abrazo.

Hasta otra.—Tuyo siempre.